

Acequiñas

AÑO 23 Otoño 2020
UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA TORREÓN

REVISTA DE DIVULGACIÓN
ACADÉMICA Y CULTURAL

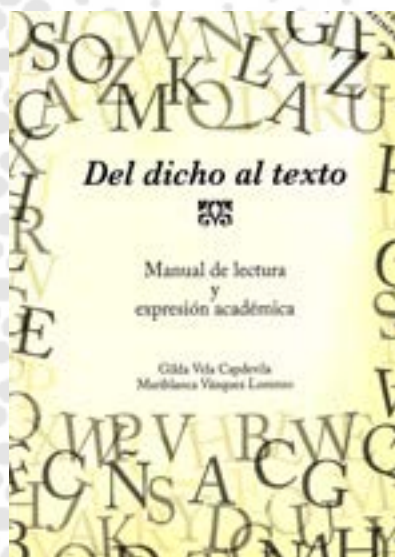
82

Los rapsodas de la peste

Ganadores de los concursos
de cuento y reseña bibliográfica
de la Pereyra y la Ibero Torreón

+ ensayo, reportaje, reseña de cine y literatura





EDICIONES Y COEDICIONES RECIENTES
GESTIONADAS POR EL CENTRO
DE DIFUSIÓN EDITORIAL DE LA
UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA TORREÓN
INFORMES:
jaime.munoz@iberotorreon.edu.mx

Número 82, mayo-agosto de 2020

Universidad Iberoamericana Torreón

Guillermo Prieto Salinas, SJ

Rector

Armando Mercado Hernández

Director General Académico

Ismael Bárcenas Orozco, SJ

Director General Educativo

Jaime Muñoz Vargas

Coordinador del Centro de Difusión Editorial

Jaime Muñoz Vargas

Revisión y edición

Laura Elena Parra López

Raúl Alberto Blackaller V.

Andrés Guerrero

Comité Editorial

Edición Otoño 2020. Octava época, año 23. Revista de divulgación publicada y distribuida por el Centro de Difusión Editorial de la Universidad Iberoamericana Torreón. *Acequias* aparece tres veces por año. Sugerencias y colaboraciones: Centro de Difusión Editorial, Universidad Iberoamericana Torreón, Calzada Iberoamericana 2255, C.P. 27020, Torreón, Coahuila. Edificio F planta baja. Teléfono: (871) 705 10 10 ext. 1135. Correo electrónico: publicaciones@iberotorreon.edu.mx Número de reserva al Título en Derechos de AutoRP: 04-2006-032716162900-102. Número de Certificado de Licitud de Título: 10825, y Número de Licitud de Contenido: 8708, otorgados por la Secretaría de Gobernación. Las opiniones de los colaboradores no representan la postura institucional de la Universidad y son responsabilidad de los autores.

Versión en línea:

<http://itzel.lag.uia.mx/publico/publicaciones.php>

- 2 **Editorial**
- 3 **Los rapsodas de la peste**
Daniel Salinas Basave
- 6 **En el laberinto de la información**
Laura Elena Parra López
- 8 **El boom del ajedrez en línea**
Iván Hernández
- 14 **Los cimientos de *Downton Abbey***
Miguel Báez Durán
- 18 **Parábola de *El Duke***
Jaime Muñoz Vargas
- 21 **Pregúntele al trapecista**
Raúl Blackaller Velázquez
- 23 **Dilema a resolver: nuestra alimentación en la era industrial**
Maricarmen Zolezzi Sada
- 26 **Redefiniendo la femineidad**
Ana Sofía Castañeda Bravo
- 28 **Acmé-orate**
Regina Aguilar Muñoz
- 30 **Un día en la vida**
Paulina Montaña Aranzábal
- 32 **El Rey de las Desgracias**
Emma Vonzel Canela Becerra
- 34 **Algo que me recuerda**
Joseph Raúl Favela Rodríguez
- 36 **Estaba en el aire**
Renata Ivana Muñoz Chapa
- 39 **La puerta**
Jorge Eduardo Quintana Lara



Las fotos son de RENATA IVANA MUÑOZ CHAPA (Torreón, Coahuila, 2002), alumna del primer semestre de Comunicación en la Ibero Torreón y estudiante de francés en la Alianza Francesa de La Laguna. Algunas de sus fotos han sido publicadas en la revista *Espacio 4* de Saltillo, en anteriores ejemplares de *Acequias* y en las portadas de los libros *Tomar la palabra (II)* del profesor Gabriel Castillo Domínguez y *La balada de tu nombre* de Arcelia C. de Aizpuru. Entre otros cursos, tomó el diplomado en fotografía de la Ibero Torreón y en Instagram administra la cuenta *Ivana Muñoz Fotografía*.

Editorial

Como lo comenta el escritor Daniel Salinas Basave en el texto que abre el número 82 de *Acequias* (“Los rapsodas de la peste”), en todos lados y en todos los medios los seres humanos estamos dejando constancia escrita e icónica de nuestras ideas y nuestros sentimientos ante la actual pandemia. Este material servirá quizá, no lo sabemos, para que en el futuro los historiadores y cualquier curioso del pasado tengan mejor conocimiento de lo que intelectuales, políticos, periodistas, artistas y demás expresaban mientras un virus asolaba —como todavía lo hace hasta hoy— al planeta.

Para promover la creatividad de las y los jóvenes y para saber al menos aproximadamente cómo han atravesado la pandemia, la Escuela Carlos Pereyra y la Ibero Torreón convocaron a un concurso de cuento en dos categorías: preuniversitaria y universitaria. El resultado es muy interesante, pues muchos jóvenes que tal vez no iban a escribir nada al respecto se vieron estimulados a crear relatos en los que asoma su percepción del momento actual, de este anómalo 2020. Llama la atención que en sus ficciones se sienta una especie de hilo conductor que asemeja los relatos pese a sus diferencias. Por ejemplo, que sus personajes hablen en primera persona, casi como un *alter ego* que expresa sentimientos entrañables, muy próximos; también, la presencia de cierta desesperación que termina por enloquecer, por crear fantasmagorías tras el encierro prolongado, lo que nos habla de la alta valoración de la libertad como prerrogativa social que de momento les ha sido restringida. Si este concurso sirve para favorecer la escritura literaria de las y los jóvenes y de paso saber lo que piensan durante/tras el confinamiento, la convocatoria ha cumplido su propósito. En similar tenor, este número de *Acequias* suma dos trabajos de otro concurso, el de reseña bibliográfica. Dos jóvenes lectoras de la Ibero Torreón abordan cada una libros muy distintos, ambos valiosos.

Además del ensayo inicial del también reportero Salinas Basave, este número de *Acequias* suma un artículo de la maestra Laura Elena Parra sobre las *fake news*; un largo y pormenorizado reportaje del periodista Iván Hernández sobre el auge del ajedrez en tiempos de pandemia; una reseña del escritor Miguel Báez Durán sobre la serie/película *Downton Abbey*; una reseña sobre una novela de Enrique Medina (escritor argentino lamentablemente poco conocido en México) y un cuento del maestro Raúl Blackaller.

Deseamos que estas páginas sean bien recibidas.

Los rapsodas de la peste

Daniel Salinas Basave

¿Cuáles serán las obras de arte que nos dejará por herencia la pandemia del Covid-19? ¿Qué tan profundas serán las huellas culturales de esta plaga? Lo natural es pensar que habrá cientos de novelas, cuentos, reportajes, poemas, películas, documentales, pinturas, canciones y toda una gama de expresiones artísticas inspiradas por el Apocalipsis 2020. Sin duda muchas de ellas existen ya. Las tragedias y los cataclismos suelen arrastrar consigo semillas de inspiración y la única certidumbre es que son decenas de miles los creadores de arte que han dedicado los días de encierro a dar rienda suelta a las ideas. Lo lógico, lo coherente, sería creer que una catástrofe de estas dimensiones quedará marcada para siempre en algunas obras capaces de romper la barrera del tiempo y trascender en la posteridad, pero tampoco es descartable que a la pandemia le siga una tormenta de silencio, olvido e indiferencia y que dentro de dos años estemos pensando en otra cosa con enormes ganas de olvidar y dejar atrás.

Por ejemplo, es sorprendente ver lo magro del legado cultural de la gran pandemia de gripe española que hace cien años mató a más de 50 millones de seres humanos. Aquella devastadora influenza que tomó por asalto al mundo en 1918, fue muchísimo más letal de lo que hasta ahora ha sido el Covid-19 y, sin embargo, su triste recuerdo no es algo omnipresente en nuestras vidas. Pese a que nuestros abuelos o bisabuelos sin duda ya vivían cuando irrumpió esa plaga mortal, lo cierto es que hablamos muy poco de ella. Por ejemplo, si revisamos hechos o fenómenos ocurridos hace más o menos un siglo, la conclusión es que una hecatombe tan focal como el hundimiento del Titanic ha inspirado muchas más películas y libros que la olvidada gripe española. Ni hablar de las guerras mundiales, la Revolución Rusa, la Revolución Mexicana, el decadente glamour de los años veinte o el crack financiero y la depresión del 29. No era por cierto por falta de exponentes artísticos. Muchos de los mayores genios del Siglo XX vivieron la gripe española, que de hecho mató, entre otros, al pintor Gustav Klimt y al poeta Guillaume Apollinaire. Uno de los poquísimos testimonios artísticos legados por esa enfermedad fue *Autorretrato*

Daniel Salinas Basave

(Monterrey, Nuevo León, 1974). Es un lector que se ha ganado la vida como reportero. Todo lo demás ha llegado por añadidura. Es autor de los libros *Vientos de Santa Ana* (Literatura Random House 2016. Finalista Premio Mauricio Achar); *Días de whisky malo* (UANL. Premio Nacional de Cuento Gilberto Owen 2014); *Dispárenme como a Blancornelas* (Nitro Press- ISC. Premio Regional Cuento La Paz 2014); *El lobo en su hora. La frontera narrativa de Federico Campbell* (Cecut-ICED. Premio Bellas Artes José Revueltas 2015). *Bajo la luz de una estrella muerta* (FOEM. Premio Internacional Sor Juana Inés de la Cruz 2015). *La Liturgia del Tigre Blanco* (Océano, 2012); *Cartografías Absurdas de Daxdalia* (Cecut, 2013), entre otros. Su más reciente libro es *El samurai de la Graflex* (FCE, 2019).
anibasave@hotmail.com



con la *gripe española* del pintor noruego Edvard Munch, y pare usted de contar. En 1918 vivían creadores del tamaño de Joyce, Proust, Kafka, Svevo, Fitzgerald, Hesse, Zweig, Hemingway, Picasso, Dalí, Siqueiros, Rivera. ¿Cómo es que no hay una novela, una pieza musical, un mural o una película emblemática de la gripe española? ¿Cómo diablos pudo pasar desapercibida un drama de semejantes proporciones? La legendaria peste negra de 1348 nos dejó por herencia el *Decamerón* de

Boccaccio o los poemas que Petrarca escribió a su musa, Laura de Noves, a quien la plaga bubónica mató. La epidemia del Siglo XVII en Londres dejó como legado *Diario del año de la peste* de Daniel Defoe. ¿Dejará algo en herencia el Coronavirus o acaso ya somos el olvido que seremos?

Los ayeres que serán

Sería fascinante poder leer cómo se escribirá sobre el 2020 dentro de unos 50 años, cuando estos aciagos tiempos puedan ser estudiados y

analizados con la frialdad y la distancia críticas concedidas por el paso del tiempo. Los periodistas y los miles de espontáneos cronistas del día a día están escribiendo una historia tan desgarradora como apasionante que sin duda será de gran utilidad para los historiadores del futuro y fuente primordial para estudiar el momento que estamos viviendo. Los testigos y los actores de una época tienen la posibilidad de narrar en primera persona y en carne propia lo que el historiador del mañana sólo

conocerá de manera indirecta. Sin embargo, el investigador que en el futuro mediano escriba sobre lo que estamos viviendo, tendrá a su favor una visión global del fenómeno, con todos los lazos tejidos e interconectados, conociendo ya desenlaces e implicaciones múltiples. Cuando leemos testimonios escritos por los sobrevivientes de la Peste Negra del Siglo XIV, como el narrado por Giovanni Boccaccio al inicio del *Decamerón*, palpamos el horror y la incertidumbre de los florentinos, quienes creían estar viviendo dentro del Apocalipsis. Boccaccio pudo ver de cerca los síntomas del mal y la devastación que causó en su entorno, pero ni él ni nadie de su tiempo sabían de qué enfermedad se trataba, ni tenían el concepto de lo que era una bacteria ni podían siquiera dimensionar las consecuencias sociales, demográficas y económicas que traería consigo la peste bubónica. Su visión estaba condicionada por el horror, la superstición y las limitantes de una era en donde la teología pesaba mucho más que la ciencia.

Quienes hoy intentamos narrar la historia de la pandemia de Covid-19 lo hacemos inmersos aún en el ojo de la tormenta, con muchas más dudas que certezas, sin ver demasiada luz al final del túnel. Claro, podemos hacer proyecciones basadas en pronósticos emitidos por los epidemiólogos y los economistas, pero al final del camino nadie sabe lo que pasará. Los filósofos como Slavoj Žižek parecen tener demasiada prisa por interpretar lo que sucederá en el futuro y determinar si esta pandemia representa el final de la era del capitalismo o la entronización del ágora virtual, el individua-

lismo y el aislamiento como forma de vida diaria. La única certidumbre es que cualquier profecía es apresurada y tiene altas probabilidades de fallar. No se trata solo de una enfermedad, sino de un momento socioeconómico particularmente tenso. La pandemia encontró a la humanidad inmersa en un estado de ánimo álgido, propenso a la rabia y el estallido en donde el discurso del odio gana adeptos en no pocos países. El confinamiento y la devastadora recesión derivada del mismo son como un torrente de gasolina sobre un incendio que ya

estaba aquí antes de la enfermedad y que estaría, aunque no con la misma intensidad, aun si el virus no hubiera irrumpido en nuestras vidas. El Covid-19 encontró a los mexicanos en un escenario de polarización social como no habíamos vivido en la era contemporánea y con indicadores nada halagadores sobre lo que podría ocurrir en el futuro inmediato, aun si la enfermedad no estuviera. Acaso la única certidumbre es que el futuro mediato e inmediato tienen más de un as bajo la manga que aún no hemos sido capaces de intuir.



En el laberinto de la información

Laura Elena Parra López

El conocimiento puede servir como vacuna. Si ya sabes que van a circular rumores tras cada suceso, puedes evitar caer en la trampa.

KATE STARBIRD

Laura Elena Parra López

(Torreón, Coahuila, 1962). Licenciada en Ciencias de la Educación por la Universidad Autónoma del Noreste. Realizó estudios de Maestría en Desarrollo Humano con especialidad en orientación por la Universidad Iberoamericana Santa Fe, estudios en Psicoterapia Corporal por Mar Abierto Centro Terapéutico y Consultoría Empresarial y en Gestión sociocultural por la Ibero Torreón. Colabora en la Universidad Iberoamericana Torreón desde 1990 en dónde se ha desempeñado en varios cargos. Fue coordinadora del Diplomado Básico de Formación Docente de 2000 a 2004 y Coordinó el Diplomado en Docencia Universitaria Humanista de 2002 a 2004. A partir de 1997 y hasta el 2005 fue Coordinadora del Centro de Desarrollo Educativo y Procesos Docentes y de 2005 a 2011 se desempeñó como Coordinadora de la Licenciatura en Educación. Ha sido catedrática en varias universidades de la región desde 1984 a la fecha tanto en Torreón como en diferentes estados del norte del país. Actualmente es coordinadora de la licenciatura en Educación y práctica Docente.
laura.parra@iberotorreon.edu.mx

En el Diccionario de la lengua española la palabra información tiene ocho acepciones, pero para efecto de este artículo sólo se destacará la quinta, que define a la información como la “comunicación o adquisición de conocimientos que permiten ampliar o precisar los que se poseen sobre una materia determinada”, la sexta, que habla de “conocimientos comunicados o adquiridos mediante una información”, y la octava —lamentablemente se señala en desuso— que indica “Educación, instrucción”.

Sin embargo, la información no se traducirá en educación ni generación de conocimientos nuevos y valiosos “hasta que todos los habitantes del mundo no gocen de una igualdad de oportunidades en el ámbito de la educación para tratar a la información disponible con discernimiento y espíritu crítico, analizarla, seleccionar sus distintos elementos e incorporar los que estimen más interesantes a una base de conocimientos”, como se plantea en *Hacia las sociedades del conocimiento*, Informe mundial de la UNESCO (2005).

Si bien la palabra información no tiene un significado único, las acepciones enunciadas son muy controversiales, especialmente si pensamos en las miles de noticias falsas que surgen a cada momento y hacen que la información se vuelva confusa y no cumpla con su principal tarea: informar y así dar la oportunidad de adquirir nuevos conocimientos.

La Organización Mundial de la Salud (OMS) ha llamado infodemia a la sobreabundancia de información falsa y su propagación masiva entre las personas.

Todos nosotros tenemos la necesidad de encontrarle sentido a las cosas, esto nos lleva a buscar información, pero cada día es más frecuente encontrar información falsa; entonces “El proceso natural de buscarle sentido a algo queda secuestrado por personas que quieren tener otra conversación”, comenta Kate Starbird, profesora de la Universidad de Washington.



Es cierto que difundir noticias falsas no es nuevo, pero el auge tecnológico, la globalización y el uso de internet favorecen la rápida propagación de las llamadas *fake news*.

Los especialistas en informática coinciden en que hablar de noticias falsas es un tema recurrente, sobre todo después de las elecciones presidenciales de 2016 en Estados Unidos.

Los intereses económicos, políticos e ideológicos han generado la creación y difusión de noticias falsas que provocan una gran desinformación y desconfianza entre los usuarios. Twitter, por ejemplo, ha detectado —de acuerdo con una nota publicada en el periódico *El País* el pasado 4 de abril—, sólo en los últimos quince días antes de la nota, 1.5 millones de cuentas sospechosas que manipulan y difunden mensajes basura que desinforman acerca del Coronavirus. Ante este bombardeo de información en el que estamos inmersos, principalmente en las redes sociales, corremos el riesgo, si no discriminamos, de convertirnos en *prosumidores*

(productores y consumidores) de estas noticias.

Existen recursos digitales creados para detectar la validez de la información y las fuentes que encontramos en internet, pero, para no convertirnos en parte del problema y ser usuarios más responsables, los especialistas nos recomiendan realizar algunas acciones que nos pueden ayudar a detectar más fácilmente si una noticia es falsa o verdadera, como estar atentos a si la noticia, en principio, nos genera una emoción fuerte (ya sea de desagrado o sorpresa), ya que consideran que el impacto emocional es una característica fundamental de las *fake news*. Es importante leer la noticia completa, no sólo los encabezados, hay que investigar más, corroborar la información en sitios oficiales, averiguar acerca de la fuente, del autor y de otros trabajos realizados por él. Analizar si el sitio donde aparece la información tiene algún sesgo ideológico, ir a la nota original, revisar si la información se replica en otros medios de información serios. Tener en cuenta si la nota está escrita

correctamente, con razonamiento lógico y si incluye citas, fotografías y videos es recomendable investigarlos.

Si bien las redes sociales, las plataformas virtuales y el internet tienen aplicaciones o usos muy positivos, también es cierto que la información creada y difundida a través de ellos puede generar caos y meternos en un laberinto que en algunos casos puede ser peligroso debido a la falsedad de la información.

Finalmente, es necesario aprender a desarrollar la criticidad y el discernimiento que nos permita distinguir entre el exceso de información la que es valiosa y cierta de la que no lo es. Ante esta situación, como señala Kate Starbird, el conocimiento y la educación sirven para no caer en la trampa. Asimismo, la Unesco señaló en 2005 “que el elemento central de las sociedades del conocimiento es la capacidad para identificar, producir, tratar, transformar, difundir y utilizar la información con vistas a crear y aplicar los conocimientos necesarios para el desarrollo humano”.

El *boom* del ajedrez en línea

Iván Hernández

El grave rincón borgiano se ha multiplicado al infinito gracias a su versión digital. Durante los meses de confinamiento, el camino de negras noches y de blancos días ganó peregrinos al por mayor. Los ordenadores que iban a sepultar al juego de reyes se han convertido en sus potentes aliados. Cada día se juegan millones de partidas de un hemisferio a otro.

Los estadios callaron. El golpeo de Messi, la flotadora de James, la volea de Federer, el oportuno bat de Altuve, los subeybajas de la liga mexicana de fútbol, todo paró. De un día para otro el mundo se quedó sin héroes deportivos en las canchas y, por extensión, en las pantallas. El criterio médico, en lucha contra la pandemia de la COVID-19, dejó al mundo sin partidos, pero no sin partidas.

Durante los meses de confinamiento, el ajedrez aprovechó para atraer hacia sus jaques a mucha gente en busca de diversión, entretenimiento y ejercicio neuronal. No sólo ganó adeptos, registró un *boom* sin precedentes en su versión en línea.

¿Es un deporte? ¿Es una ciencia? Ese debate viene de lejos y ha cobrado fuerza con la irrupción de las computadoras que calculan millones de movimientos por segundo. El Comité Olímpico Internacional rechaza un ciclo sí y otro también la petición de que los trebejos sean incluidos en la mayor competición deportiva a nivel mundial.

Un tercer bando, no reñido con los otros dos, consideran que se trata de un arte. Hay partidas, afirma Leontxo García, periodista español e infatigable promotor del juego de reyes, que a golpes de belleza producen en el aficionado un placer similar al que siente un melómano cuando escucha una sinfonía de Beethoven.

Jugadores como el excampeón mundial Gari Kaspárov cultivan esa visión del combate bicolor. Una de sus frases célebres dice que “El ajedrez es una de las pocas artes donde composición y ejecución toman lugar de forma simultánea”.

Sea arte, ciencia o deporte, alrededor del mundo hay 605 millones de personas que lo juegan de forma regular.

En países como Alemania, Estados Unidos, India, Reino Unido y Rusia, cerca del 70 por ciento de la población adulta ha movido las piezas en algún momento de sus vidas.

Según un estudio del portal Chessratings al 15 de septiembre de este año había 361 mil 530 jugadores con Elo (la puntuación que se otorga a los ajedrecistas conforme a sus habilidades y desempeño en torneos) internacional. De esa cantidad, 141 mil 570 tomaron parte de alguna competición oficial en los pasados doce

Iván Hernández

(Torreón, Coahuila, 1981). Licenciado en Ciencias de la Comunicación por la Universidad Autónoma de Coahuila. Periodista y autor del poemario *Los pequeños fantasmas* publicado en la Colección Siglo XXI Escritores Coahuilenses tercera serie. Publica con frecuencia en *El Siglo de Torreón*. Textos suyos, de índole periodística, han sido retomados por medios como *Milenio*, *Animal Político* y *Aristegui Noticias*. bernantez@hotmail.com



meses. Potencias como India y Rusia superan la cifra de 8 mil trebejistas activos. En México hay 645.

Conectado

El tiempo es un elemento esencial del juego. Sin él, un duelista podría demostrar su siguiente lance de forma indefinida. En las lides oficiales, jugar con reloj es obligatorio, así son más emocionantes y los rivales tienen, en teoría, las mismas opciones de hacerse con el triunfo.

Los torneos insignia (el de candidatos y el campeonato mundial, por ejemplo) de la Federación Internacional de Ajedrez (FIDE), organismo rector del regío juego, discurren a ritmo clásico,

es decir, 90 o 100 minutos para los primeros 40 movimientos seguidos de media hora para el resto de la contienda, con una adición de 30 segundos por cada jugada.

El ajedrez rápido concede 15 minutos más 10 segundos por lance para consumir la obra.

Una tercera categoría, el *blitz* o relámpago, otorga tres minutos más dos segundos por movimiento.

Esas modalidades y muchas más (como el ajedrez bala: un minuto por bando) se han trasladado al ciberespacio.

Para la práctica virtual, los sitios más importantes son:

Chess.com: aquí afirman tener 42.6 millones de miembros, millones de

partidas diarias y más de 200 Grandes Maestros (el máximo título que puede obtener un trebejista sin considerar la corona mundial) que frecuentan sus tableros virtuales. Al momento del registro, el usuario debe elegir su nivel de ajedrez (las opciones son: principiante, intermedio, avanzado y experto) para ser emparejado con rivales de fuerza similar. Finalizado ese requisito, se abren las puertas de la arena sin costo alguno. Ofrece diversos servicios para mejorar el nivel de un jugador. El plan básico, opciones limitadas y con publicidad, cuesta 460 pesos anuales; el platino implica un desembolso de 780 pesos, a cambio, se liberan un par de restricciones y se agregan un par de lecciones; la suscripción diamante asciende a 1 mil 600 pesos anuales y da acceso irrestricto a todas las funciones.

Lichess: detrás de este portal hay una organización sin ánimo de lucro. “Creemos que todos deberíamos tener acceso a una plataforma de ajedrez de primera clase y gratuita”, dice su presentación. Se sostiene a partir de trabajo voluntario y patrocinadores que proporcionan un flujo constante de recursos. Más de un millón de batallas se dirimen cada día en sus escaques. Mantener el sitio cuesta 207 mil 474.66 dólares anuales según la tabla de gastos disponible en el portal.

En Lichess no eliges un nivel de habilidad al registrarte, entras directo al ruedo con una calificación provisional de 1 mil 500 puntos a conservar, aumentar o perder. Al momento de redactar este párrafo, tenía más de 70 mil jugadores conectados y alrededor de 30 mil partidas activas.

Chess24: se define como un punto de encuentro para aficionados, jugadores de club y profesionales. El ex-



campeón mundial Viswanathan Anand, Peter Svidler (siete veces campeón de Rusia) y Paco Vallejo (jugador número uno de España) han colaborado con esta página. Fue lanzada en 2014. Desde entonces se han subido más de 1 mil 120 videos dirigidos a interesados en fortalecer su juego. También ofrece noticias de la escena ajedrecística.

La membresía premium da acceso a todas las características del portal, como repertorios de aperturas, consejos de estrategia o la oportunidad de desafiar y chatear en directo con Grandes Maestros, a cambio de un pago mensual de 14.99 euros, o uno anual de 149.99 euros.

Al momento de escribir estas líneas en Chess24 había mil 1800 usuarios conectados y alrededor de 367 partidas activas.

Las tres referencias te permiten enfrentar a jugadores que suben sus movimientos desde Perú, Estados Unidos, Rusia, India y un largo etcétera.

Para competir en la casilla digital, el organismo rector ha desarrollado, en sociedad con la empresa británica

World Chess, la Arena en Línea FIDE. Su principal baza es que ofrece la oportunidad de competir por Elo y títulos oficiales a través del ordenador.

En World Chess consideran que el próximo Campeón Mundial será alguien que aprendió a jugar en una computadora.

Emisiones

La élite de los escaques participa activamente del *boom* digital. Por ejemplo, Play Magnus, la empresa de Magnus Carlsen, campeón mundial del deporte-ciencia, se asoció con Chess24 y, junto a ese portal, organizó durante los meses de confinamiento un ciclo de justas que repartió un millón de euros en premios entre los contendientes.

Gracias a los sitios de internet hay duelos casuales y torneos todos los días, a cualquier hora.

Se ha vuelto común que varios de los mejores jugadores del planeta jueguen con suscriptores de los sitios mencionados y que las partidas se transmitan en directo a través de redes sociales y plataformas como YouTube.

En las competencias en línea donde participa la élite, Chess24 ofrece comentarios en inglés y en castellano. Para los aficionados de habla hispana se ha vuelto hábito prestar oídos a una nómina encabezada por dos españoles, el entrenador David Martínez el Divis y el Gran Maestro Pepe Cuenca, secundados por David Antón, actual campeón de España, y los Grandes Maestros Alan Pichot (argentino) y Eduardo Iturrizaga (venezolano).

La emisión en inglés corre por cuenta de los Grandes Maestros Jan Gustafsson (alemán) y Yasser Seirawan (norteamericano). En algunas citas han tenido como analistas invitados a Anatoli Kárpov y Gari Kaspárov.

YouTube es otra plataforma donde el deporte-ciencia ha conseguido forjar un auditorio sólido. En idioma español destaca el caso de Juanjo Rey Dama, cuyo tutorial sobre ajedrez acumula más de 2.2 millones de reproducciones.

Rey Dama sube partidas de los trebejistas más famosos de la historia, joyas que produce la élite actual y mu-

chos consejos para fortalecer el nivel de juego del aficionado.

Una experiencia de éxito en idioma inglés es la del youtubero Adagad-mator. Tan sólo uno de sus videos, un triunfo de Mijaíl Tal (1936-1992), considerado el mejor trebejista de ataque de todos los tiempos, sobre Kaspárov, suma un millón de vistas.

Con menos videos disponibles, pero con un público fiel merced al sello de calidad de Leontxo García, El Rincón de los Inmortales es una dosis semanal de ajedrez de alta escuela. En esta serie, el maestro analiza partidas que son impresionantes por su belleza o excepcionales por su manejo del juego posicional.

Su episodio más conocido, “La jugada mágica de Bogolyúbov” (más de un millón de reproducciones), dio lugar a que Leontxo García se convirtiera en protagonista de memes que concluyen con la frase “maravillosa jugada”.

Trampa

Una preocupación constante de quienes organizan justas en línea es la posibilidad de que alguien haga trampa.

De momento, una herramienta esencial contra la ventaja ilegal es la videovigilancia. Se exige al ajedrecista tener encendidas cámaras pendientes de él y de su entorno. Durante la partida debe estar solo en su área de juego, sin otro dispositivo alrededor que no sea el empleado para jugar.

Chess.com cierra diariamente 500 cuentas por juego sucio. A lo largo de 15 años, el portal ha eliminado casi medio millón de cuentas. La causa número uno es que se comprobó el uso de módulos de análisis (programas informáticos) durante los duelos. Luego

vienen motivos como dejarse perder o manipular su puntaje.

Suele decirse que los integrantes de la élite difícilmente van a incurrir en prácticas deshonestas porque tienen un nombre y una reputación que mantener. Sin embargo, 46 de los tramposos detectados por Chess.com son Grandes Maestros, ocho de ellos con Elo superior a 2 mil 600. Como referencia, un jugador aficionado suele tener cerca de 1 mil 600 puntos mientras que el máximo alcanzado por Carlsen es de 2 mil 882; otros 80 trebejistas que recurrieron a triquiñuelas son Maestros Internacionales y 118 son Maestros FIDE.

¿Cómo se sabe que alguien perpetra ilegalidades si no hay cámaras activas? Los portales y los organizadores de torneos emplean sistemas estadísticos que comparan las jugadas hechas por los trebejistas en liza con los movimientos propuestos por un programa informático. Si los movimientos del duelista coinciden en un porcentaje elevado, un 80 por ciento, por ejemplo, con los del amigo de silicio, se da por hecho que reciben ayuda inhumana. Ni siquiera Carlsen alcanza esos niveles de precisión.

También se está atento al manejo del tiempo que hace el competidor. Si ejecuta una decena de jugadas que involucran capturas o sacrificios en unos cuantos segundos, se considera que hay una alta probabilidad de que una inteligencia artificial dicte sus pasos.

Alpha Zero

En los años que siguieron a la victoria de Deep Blue (ordenador programado por IBM) sobre Kaspárov, se pensaba que los jugadores de silicio iban a quitarle todo el interés al deporte-ciencia.

Así ha sucedido en la vertiente tradicional (las partidas lentas), con su

exceso de tablas (empates) o la escasa espectacularidad en los descenlaces derivada del mayor conocimiento técnico que los duelistas poseen de los tres actos de cada obra ajedrecística: apertura, medio juego y final.

Hay una práctica que parece dar la razón a quienes clasifican al juego de reyes como una ciencia y no un deporte: las preparaciones caseras orquestadas con ayuda de potentes ordenadores.

Esa planificación permite al ajedrecista, en el escenario de un torneo, ejecutar al toque tantos movimientos como su memoria sea capaz de retener (a veces hasta una veintena). Incapaz de pensar como una máquina, el rival que no ha memorizado una defensa contra un ataque así se ve superado en la apertura, pierde material o cae rápidamente en apuros de tiempo, esto dificulta calcular con exactitud qué viene después.

Sin embargo, muchos críticos consideran que estudiar los lances de las máquinas ha revolucionado la forma de jugar. A la fecha, el caso más atractivo involucra al programa informático Alpha Zero y al campeón Carlsen.

Creado por Deep Mind, una empresa de Google, Alpha Zero recorrió en cuatro horas el camino que lo llevó de aprender cómo se mueven las piezas a convertirse en el mejor trebejista del planeta.

La influencia de AZ en el noruego ha sido bien explicada por Leontxo García: con base en las ideas aportadas por el amigo inhumano, el campeón, que ganó el título mundial con base en un juego posicional que exprimía al máximo ventajas mínimas, cambió de estilo. Ahora emplea con prolijidad recursos como sacrificar material, desde varios peones hasta alguna pieza, incluso una torre, a cambio de iniciati-

va, dinamismo, armonía o simplemente ataque.

Variantes

Que las contiendas sean más emocionantes es un objetivo permanente de quienes organizan torneos. Con ese fin, muchas justas han adoptado la práctica del armagedón.

Cuando los rivales empatan en el formato clásico, juegan partidas rápidas. Si persiste la igualdad, recurren al *blitz*. En caso de que no haya un ganador, se baten en una última partida donde el conductor de blancas tiene cinco minutos en el reloj y la obligación de ganar. Las negras inician con un minuto menos; a cambio, las tablas les dan la victoria. Eso es el armagedón.

El cubano José Raúl Capablanca y el estadounidense Bobby Fischer, dos de los mayores genios de este deporte, ensayaron ideas dirigidas a innovar la milenaria reyerta.

Capablanca propuso ampliar el tablero e incorporar más soldados a las simétricas fuerzas. Su innovación no prosperó.

Mejor fortuna tuvo el Fischer Random Chess, o Chess960, una variante donde la ubicación inicial de las piezas de la primera fila se sorteá. El 960 se debe al número de posibles combinaciones. De ese modo, los alfiles acaban en el mismo flanco o una torre inicia en una columna central. Cambios constantes en la parrilla de salida de los trebejos eliminan de tajo toda la teoría de aperturas ya que ningún humano es capaz de analizar o memorizar tantas posiciones diferentes con un nivel de profundidad a prueba de fallos. El año pasado, Wesley So, estadounidense de origen filipino, se proclamó primer campeón mundial del también llamado Fischer Random.

En “Pierre Menard, autor del Quijote”, el narrador de Borges atribuye al novelista francés “un artículo técnico sobre la posibilidad de enriquecer el ajedrez eliminando uno de los peones de torre”. Menard propone, recomienda, discute y acaba por rechazar esa innovación.

Desde hace algunos años, las computadoras han servido para analizar escenarios que saquen al rito bicolor de sus cauces tradicionales, son experimentos como prohibir el enroque (única jugada del deporte-ciencia en que dos piezas se mueven a la vez) o permitir que los peones puedan moverse hacia los lados. Jugar sin la opción de enrocar da lugar a que los reyes se mantengan en el centro del tablero, por tanto, se incrementan las opciones de atacarlo con rapidez. En ciertas posiciones, basta con un movimiento lateral del peón para salvarlo de perecer y dar la vuelta a una partida que en condiciones normales estaría perdida sin remedio. Modificaciones por ese estilo, además de hacer más interesante el juego, disminuyen las chances de acabar en tablas.

Para Vladímir Kramnik, trebejista ruso que destronó a Kaspárov en el 2000 y mantuvo el título mundial en sus manos durante seis años, los ordenadores han enriquecido el reino de los escaques.

Importancia

Con ordenadores o sin ellos, el desafío albinegro conserva intacto su prestigio como el juego intelectual por excelencia. Su popularidad tampoco está en duda: hay 190 países adscritos a la FIDE.

En naciones como Ucrania y Holanda es tan popular como el fútbol; en

India y China cada vez gana más adeptos. España es otro destino donde goza de alta popularidad.

Para los rusos, el ajedrez es cuestión de Estado. Arkady Dvorkóvich, presidente de la FIDE, es cercano al mandatario ruso Vladímir Putin. No ven la hora de recuperar el trono mundial.

En Estados Unidos, un millonario llamado Rex Sinquefeld, entusiasta del deporte-ciencia, se ha dedicado a buscar al segundo campeón norteamericano de los trebejos (el único ha sido Bobby Fischer). Con ese fin reclutó a dos talentosos trebejistas que defendían otras banderas: Fabiano Caruana que jugaba para Italia y es el actual número dos de la clasificación de la FIDE, y So, filipino de nacimiento. Para redondear el equipo norteamericano, también atrajo a Leinier Domínguez, cubano que figura entre los primeros 20 jugadores del planeta.

Desde que destronó a Viswanathan Anand en 2013, Magnus Carlsen, que en noviembre próximo cumplirá 30 años de edad, ha defendido su título en tres ocasiones: la primera fue la revancha contra Anand; el segundo duelo fue ante Sergei Karjakin, ruso apodado el Ministro de Defensa por su capacidad para frustrar las ofensivas del rival; en el desafío más reciente el noruego venció a Caruana. En 2021 habrá otro duelo por la corona.

Las ganancias de los trebejistas de élite están lejos de lo que perciben los mejores exponentes de otros deportes profesionales en el mundo.

En 2018, los 32 principales torneos internacionales repartieron una bolsa de 4.8 millones de euros.

La media de ganancias de los ajedrecistas más exitosos ese año fue de 29 mil 323 euros.

Carlsen y Caruana, gracias a la lucha por el título, superaron con holgura al resto de los trebejistas. El noruego ingresó 745 mil euros y su rival, 719 mil. Nakamura completó el podio con 229 mil euros.

Atención

Si uno pone atención, notará que el ajedrez está presente en todas partes. A veces es una aparición pequeña, un cameo, y en ocasiones se trata de homenajes exquisitos.

La literatura es buen ejemplo de estos últimos: obras literarias como *La defensa* de Vladímir Nabokov o *Novela de ajedrez* de Stefan Zweig otorgan a los trebejos un papel protagonista. Un volumen de cuentos de William Faulkner se llama *Gambito de caballo*.

En el cine hay títulos emblemáticos como *La diagonale de fou*, que suele traducirse como *La diagonal del loco*. Cabe mencionar que el vocablo francés *fou* significa, además de *loco*, *bufón* o *alfil*.

Incluso en películas de acción como *Día de la Independencia*, con Will Smith, o *El justiciero*, con Denzel Washington, el ajedrez ocupa el primer plano en alguna toma.

En YouTube hay disponible un tesoro ajedrecístico llamado *Chess Fever* (*Fiebre de ajedrez*). Filmada en 1925, esta cinta contó con la actuación de José Raúl Capablanca, campeón de los trebejos en ese entonces. El reparto incluye a famosos ajedrecistas de la época como el estadounidense Frank Marshall, el alemán Emanuel Lasker o el yucateco Carlos Torre Repetto.

Si uno busca aportaciones de México a la escena ajedrecística mundial, encontrará tres cosas: el nombre de Carlos Torre, la defensa tango de los



dos caballos jugada por el yucateco que le valió triunfos resonantes contra jugadores como Frank Marshall, y la partida en que aplicó la técnica del molino (que consiste en barrer del tablero piezas rivales valiéndose de que cada captura se hace en el mismo tiempo que se da un jaque al rey del rival) a Lasker, que a un siglo de distancia conserva la distinción del reinado más largo en la historia del juego de reyes (27 años).

¿Por qué el yucateco no es más famoso? Porque una enfermedad nerviosa puso fin a su prometedora carrera cuando tenía 21 años de edad.

Larga vida

Aburrido para unos, extremadamente adictivo para otros, el deporte-ciencia se mueve por internet como un niño que ha aprendido a correr.

Menos extendida está la información sobre los beneficios que conlleva su práctica. El cerebro, como cualquier

músculo del cuerpo, debe ejercitarse. El ajedrez le proporciona la disciplina para mantenerse en forma, ayuda a desarrollar la creatividad, mejora la memoria y las habilidades verbales. La resolución de problemas cotidianos se agiliza, al igual que la concentración. Planificar y hacer previsiones son tareas que se facilitan. Aunque no lo parezca, pensar es una actividad.

Trebejistas y aficionados de nivel consideran que todo político debería jugar al ajedrez. Así, antes de tomar la decisión de realizar un movimiento tendrían que explorar a profundidad todas las posibles consecuencias de sus actos.

Existen, pues, abundantes razones para desear una larga vida al juego de reyes.

Hasta ahora, internet, los ordenadores y de forma inesperada una pandemia, han contribuido a que el camino de negras noches y de blancos días alargue su infinito.

Los cimientos de *Downton Abbey*

Miguel Báez Durán

Miguel Báez Durán

(Monterrey, Nuevo León, 1975) es licenciado en Derecho por la Universidad Iberoamericana Torreón y maestro en Letras españolas por la Universidad de Calgary. Ha publicado reseña cinematográfica y ensayo en los colectivos *Hoy no se fía* y *Sueños de La Laguna*, así como cuentos en *Enseñanza superior* y *Acequias de cuentos*. Sus textos han aparecido en el periódico *La Opinión* (ahora *Milenio Laguna*) y en las revistas *Brecha*, *Espacio 4*, *Siglo Nuevo*, *Estepa del Nazas* y *Acequias*. Es autor de *Vislumbre de cineastas* (reseñas, 2001), *Un comal lleno de voces* (ensayo, 2002) y *Miel de maple* (cuentos, 2007). De 2000 a 2004 fue profesor de asignatura en la Ibero Torreón. También fue docente de español como segunda lengua en la Universidad de Calgary, la Universidad Concordia y la Universidad de Quebec en Montreal (UQÀM). Hasta el 2017 fue profesor de tiempo completo en el Departamento de Lenguas y Culturas de Vanier College. A partir de ese año volvió a residir en Torreón. Actualmente colabora con la Ibero Torreón en el Departamento de Humanidades y como crítico invitado en el programa *Filmanía* de GREM. baez_miguel@hotmail.com

Hacia el final de la segunda temporada de *Upstairs, Downstairs* (1971-1975) su equipo de escritores preparó un libreto con miras a rodar una película. Ese rodaje nunca se cristalizó. Tendría que pasar casi medio siglo para que otra serie británica, de temática similar y también de éxito alrededor del mundo, lograra saltar desde la televisión hasta la pantalla cinematográfica. Hace no muchos años se solía pintar un abismo para separar un medio audiovisual del otro. Así, el salto antes aludido pretendía legitimar una serie, como si los productos audiovisuales transmitidos por la supuesta “caja idiota” fueran de menor rango de forma innata. Ahí están los ejemplos de *Star Trek*, *Misión imposible* o *Los Simpson*.

Eileen Atkins y Jean Marsh, actrices de larga trayectoria en Inglaterra, son dos mujeres a quienes habría que agradecerles no sólo por la idea original de la serie setentera, sino además por las imitaciones, entre ellas la muy popular *Downton Abbey* (2010-2015). Fueron Marsh y Atkins, ambas hijas de personal del servicio doméstico, quienes llegaron a la conclusión de que sería oportuno retratar a la gente de escaleras abajo y no únicamente a la aristocracia de arriba. Es poco probable imaginar que Julian Fellowes, quien tendría alrededor de veintiún años cuando se transmitió, no conociera la entonces casi ineludible *Upstairs, Downstairs* (UD), distribuida en su momento en alrededor de 40 países. De hecho, es más que evidente la influencia de aquella teleserie de la década de los 70 en la escrita por Fellowes y bautizada como *Downton Abbey* (DA).

Conocida en Hispanoamérica como *Los de arriba y los de abajo*, el primer episodio de UD inicia siguiéndole los pasos a una nueva criada, nada convencional y hartamente fantástica, puesta a prueba en la mansión de los Bellamy, un clan aristocrático que reside en Londres. El papel estaba destinado en principio para Atkins, pero Sarah Moffat fue a parar a las hábiles manos de Pauline Collins por una obra de teatro con la cual aquélla ya se había comprometido. Así, la sirvienta socarrona se convierte en aprendiz de otra de mayor experiencia y rango: Rose Buck (ésta sí en la piel de Jean Marsh). El productor John Hawkesworth, acompañado por un equipo de escritores, desarrolló la idea original de Atkins y Marsh. En el programa se planteaban las vicisitudes de dos familias de rangos sociales

muy distintos, pero cuyos destinos se encontraban inexorablemente entrelazados: escaleras arriba, la conformada por los lazos de sangre azul, y la otra, por los caprichos de la fortuna.

La trama, aunque en ocasiones ana-

denciación al final. El episodio de *UD* más celebrado alrededor del mundo proviene también de la segunda temporada: aquél en el que la familia Bellamy recibe la visita del rey Eduardo VII. La teleserie se extendió a lo largo de cinco tempo-

pretendía situarse como una mezcla entre el universo literario creado por Agatha Christie y la relación entre patrones y sirvientes ya planteada antes por *UD*. Aunque aquí tal relación se percibía menos idealizada y sí expandida



crónica como era de esperarse, se atrevía a presentar relatos que hacían eco de lo sucedido en los 70. Además, a quienes interpretaban a los personajes parecía no importarles demasiado su imagen pública, sino más bien desempeñar un buen trabajo. Esto, en retrospectiva y a diferencia de *DA* en la que, a pesar de las transgresiones a la etiqueta por parte de los Crawley y sus sirvientes, casi todos los personajes resultan simpáticos o, si acaso, encuentran una especie de re-

radas con un total de 68 episodios. Tras la época eduardiana, la Gran Guerra y la epidemia de la influenza española; en su última tanda de capítulos también ficcionalizó, aunque de forma apresurada, los alocados años 20 para concluir con el crack de la bolsa.

El siguiente paso se da algunas décadas después y con la intervención experta de Robert Altman. *Gosford Park* (2001), película conocida por su título en español como *Muerte a la media noche*,

a la máxima potencia. Todo comenzó con un intercambio de ideas, esta vez entre Altman y el actor-productor Bob Balaban. Al no poder hallar una novela de Christie que se adecuara al cine del realizador estadounidense, integraron al equipo al guionista Julian Fellowes. Durante *Gosford Park* la familia y los amigos de sir William McCordle se dan cita en su mansión de campo para una cacería. Corre el otoño de 1932. Por supuesto, este aristócrata será ultimado



al terminar la velada. El resultado quizás sea la última gran cinta del director. Tanto la añeja serie de los 70 como este filme de Altman se convirtieron así en los más importantes cimientos para la construcción del imponente fenómeno televisivo ahora denominado *Downton Abbey*. Una vez establecida su fama como guionista ganador del premio Óscar por *Gosford Park* y hacia 2009, Fellowes recibe una propuesta del productor Gareth Neame. Pronto se aviva el apetito para un programa de televisión derivado de la película de Altman. Sin embargo, en lugar de una serie *spin-off* como se planeaba en un inicio, los esfuerzos se concentraron en la creación una historia original que ocurriera durante el periodo eduardiano, época-obsesión de Fellowes junto con el reinado precedente, el de Victoria.

La premisa de *Downton Abbey* plantea la muerte súbita de los herederos del título y de la propiedad. Esto obliga a trazar nuevos planes para las tres hijas de los Crawley. Mientras, escaleras abajo, la servidumbre rechaza el arribo del

nuevo ayuda de cámara, Bates. Al igual que Sarah Moffat en *UD*, John Bates se convertirá en el guía de los televidentes para entrar a este mundo de lujo, castas y pretensión. Más irrupciones alterarán el orden de la familia cuando todos se enteren de que el nuevo heredero es un abogado de clase media. La primera temporada culminó con el anuncio del inicio de la Primera Guerra Mundial. Así como los Bellamy se relacionan con sus sirvientes, así lo hacen los Crawley, pero en esta ocasión el entorno es en su mayoría campirano, pocas veces londinense. Para lograr lo anterior, como escenario de rodaje, la producción alquila cada temporada el castillo victoriano Highclere de la familia Herbert, condes de Carnarvon, y así hacerlo pasar por la abadía del título, la casa señorial del conde de Grantham. Existe un impresionante salto cualitativo entre una serie y la otra. El tiempo no pasa en vano, menos tratándose de casi medio siglo, y hoy es difícil imaginar aquel abismo infranqueable entre la televisión y el cine. Mientras

que en *UD* saltaba a la vista el uso de un estudio con escenografía en extremo frágil (al puro estilo de *El Chavo del Ocho*), los personajes de *DA* lloran y ríen dentro de un castillo de verdad. La calidad de la fotografía es inmejorable. La serie moderna no únicamente se apoya en su impecable calidad técnica, sino además en un extenso reparto de varias generaciones a la manera de la colaboración entre Altman y Fellowes antes citada.

Son numerosos los paralelismos entre las tramas de las dos series, *UD* y *DA*, las sagas folletinescas de los Bellamy y los Crawley. Las hijas de las dos familias se ven envueltas en sendos escándalos. Los mayordomos, los señores Hudson y Carson (nótese la rima en sus apellidos), son más esnobs que sus patrones. Las cocineras, las señoras Bridges y Patmore, se muestran algo gritonas y de carácter irascible. El heredero, al retornar del frente de batalla, vuelve herido y con dificultades para caminar. De completarla, la lista sería bastante

extensa. Fuera de estos parecidos, en *DA* se nota un formato de telenovela bastante más manifiesto que en *UD*. Los puntos culminantes se perfilan según los enamoramientos, las bodas o las muertes inesperadas. Las tramas típicas del folletín suelen repetirse (algunas incluso a la usanza de Agatha Christie, con sospecha de asesinato y juicio incluidos). Y, para muchos episodios, se reservan los finales de taquicardia.

El éxito abrumador en todo el mundo despierta la tentación de continuar hasta estrellarse contra lo inevitable. Es decir, contra la transitoriedad. Ambas teleseries supieron detenerse a tiempo sin bajar la guardia por completo y, sobre todo, por la misma razón: entremezclar sus ficciones con los acontecimientos históricos. *Downton Abbey* duró seis temporadas, con un total 52 episodios, con distribución en más de 100 países y su trama abarcó desde el hundimiento del Titanic hasta las postrimerías de 1925. Tanto el patriarca Richard Bellamy como la matriarca Violet Crawley no podían vivir más allá de los 90 años. Sin embargo, la afición pidió más lágrimas y risas. Así, estos mismos fanáticos se vieron obligados a esperar algún tiempo para ver a sus queridos personajes en la pantalla grande. No sé si se trató de una imitación consciente al episodio más celebrado de *UD*, pero la película de 2019 presenta como hilo narrativo principal la visita del rey Jorge V y de la reina María al castillo de los Crawley, allá por 1927. Tanto en la serie como en la película se despliega una relación ambivalente con el imperialismo y la sociedad de castas. Sólo los villanos irredimibles son crueles con la servidumbre, nunca la familia protagonista. Fellowes se debate entre la fascinación y la crítica. Aunque, si se

toma en cuenta la siguiente sentencia que figura en el filme, no cabrán dudas de hacia dónde se inclina la balanza del escritor: “¡Dios es monárquico!”, afirma en tono de broma lady Mary.

La mayor parte de la experiencia del director Michael Engler se había dado en la televisión y este hecho resalta ante los demás. Su cometido no era innovar ni realizar una propuesta cinematográfica lejana a la vista en la serie. La misión de Engler era complacer un poco más a la audiencia cautiva, nada despreciable en cantidades. Por eso, el filme no pasa de ser un episodio de dos horas de duración, muy similar a los de final de temporada, aunque en un formato de mayor anchura tirándole

a lo panorámico. Hasta en este debut en salas de cine, *DA* le sigue los pasos a *UD*. Si el episodio de mayor audiencia de la añeja serie contaba la visita del rey Eduardo VII al número 165 de calle Eaton Place, ¿por qué Fellowes no contaría en su mundo ficticio la de su hijo, Jorge V? Al fin y al cabo, la originalidad es sólo un mito. La película de *Downton Abbey* se estrenó el año pasado en salas y el 11 de julio en HBO Latinoamérica.

Downton Abbey (2019). Dirigida por Michael Engler. Producida por Gareth Neame y Liz Trubridge. Escrita por Julian Fellowes. Protagonizada por Hugh Bonneville, Elizabeth McGovern y Maggie Smith.



Parábola de *El Duke*

Jaime Muñoz Vargas

Jaime Muñoz Vargas

(Gómez Palacio, Durango, 1964). Es escritor, maestro y editor. Radica en Torreón. Entre otros libros, ha publicado *El principio del terror*, *Juegos de amor y malquerencia*, *El augurio de la lumbre*, *Las manos del tahúr*, *Polvo somos*, *Ojos en la sombra*, *Leyenda Morgan* y *Parábola del moribundo*. Ha ganado los premios nacionales de Narrativa Joven (1989), de novela Jorge Ibarguengoitia (2001), de cuento de SLP (2005), de narrativa Gerardo Cornejo (2005) y de novela Rafael Ramírez Heredia (2009). Escribe la columna Ruta Norte para el periódico *Milenio Laguna*. Algunas de sus obras han sido motivo de estudios académicos, tesis y referencias, entre otras, de la Universidad de Misipi y de Texas, en EU; de la de Utrecht, en Holanda; y de la de Valladolid, en España. Actualmente es maestro y coordinador editorial de la Ibero Torreón.
rutanortelaguna@yahoo.com.mx

La novela *El Duke* fue editada en Buenos Aires hacia 1976. Su autor, Enrique Medina, tenía entonces cinco novelas publicadas desde 1972, más de una por año. Dada esa producción rápida y sostenida, y dada sobre todo la calidad de sus páginas, Medina alcanzó pronta visibilidad en un medio acaso más preocupado por la política que por la literatura. Ciertamente, el primer lustro de la década del setenta en la Argentina estuvo marcado por la tensa confluencia de turbulencias políticas, sociales y económicas que serían el antecedente de un segundo lustro atroz. Entre el 70 y el 75 cupieron el gobierno de facto de Lanusse, Montoneros, el ERP, la vuelta de Perón, el triunfo electoral de Perón, la muerte de Perón, el ascenso de Isabel Martínez, la Triple A, la ineptitud de Isabel Martínez y la creación del clima que propiciaría el alzado militar del 76. Ya sabemos, pues es hartamente famoso, lo que pasó luego, Mundial 78 incluido.

Aunque no hay un dato explícito sobre la temporalidad en la que discutir la historia, se presiente que *El Duke* tiene el telón de fondo mencionado hace tres líneas. Quizá sea viable remontar su acción a los sesenta, no más. Lo importante es, en todo caso, qué narra: el breve ascenso y la dilatada caída del Duke, exboxeador. Como para mostrar que su éxito es fugaz, sólo en los primeros capítulos vemos la rutilante conquista de la fama que cabe en suerte a pocos pugilistas, y casi de inmediato su prematuro retiro de los encordados. A partir de allí, la vida del Duke describe una parábola sin remedio descendente, una trayectoria que lo llevará a convertirse, sin red salvavidas, masticado poco a poco, en flor y espejo de lacras.

Enrique Medina (Buenos Aires, 1937), su autor, es lamentablemente poco conocido en México. Ha publicado más de treinta libros, sobre todo novelas. La solapa de *El Duke* observa que “publica *Las tumbas* en 1972. Escrita con coraje y franqueza desusados para la época, provoca uno de los más estruendosos y apasionados debates sacudiendo al mundo literario con un impresionante éxito de crítica y público. Su siguiente novela, *Sólo ángeles* (1973), se prohíbe. A partir de ese momento, su literatura, cuestionadora y frontal, sufre los embates de la censura y la persecución, hasta su liberación en 1983. En 1982 la SADE (Sociedad Argentina de Escritores) le confiere la «Faja de Honor» por *Las muecas del miedo* (1981), novela



que la crítica definió como el libro que rompió la mudez literaria impuesta en el período militar. En 1993 gana el Primer Premio Municipal por su libro *Deuda de honor*. Como guionista cinematográfico recibió los tres primeros premios más importantes del rubro que se otorgan en el país: “Cóndor de plata” (Cronistas Cinematográficos), “Premio Argentores” y “Premio Nacional”. Es invitado a eventos internacionales de literatura, cine y pintura. Parte de su obra ha sido traducida a otros idiomas [portugués, inglés, francés, húngaro, polaco, alemán y yugoslavo]. Figura en antologías nacionales e internacionales. Varios de sus textos fueron trasladados al cine y el teatro”. A su biografía debemos agregar, como dato no recogido en sus semblanzas, dos estancias más o menos prolongadas en el norte de América: una en Arizona y otra en la Ciudad de México.

El Duke es una novela polifónica, armada a punta de violentos flashazos en el hondo bajo fondo donde el barro se subleva. Pueden distinguirse en ella al menos cinco planos narrativos: el más destacado, la voz del Duke en primera persona, quien en el trance de huir y esconderse tras cierta traición ocupa una especie de aguatero donde vertiginosamente, como en película de edición dislocada, masculla su pasado. Desde el punto de vista formal, este plano apela al fluir de la conciencia que sin solución de continuidad brincotea hacia todos los paraderos vitales del Duke. La ausencia de puntuación nos insinúa la agitación y el desorden de una vida que en el caos se abre mediocres oportunidades a codazos, sin ton ni son. Una rata espontáneamente aparecida en la tapera (jacal en México) es el único interlocutor del delirante Duke, como si

con ello se nos quisiera comunicar que en el naufragio del protagonista no hay oreja de ser humano disponible para escuchar la autoconfesión, sólo una rata.

Otro plano saliente es el de, por llamarlo de algún modo, su laburo como matón. Junto a Sorel y Walter, dos sujetos desalmados, el Duke forma un trío letal. Sólo hasta el crepúsculo de la novela sabemos a quién sirven. Las tareas desahogadas por los sicarios son frenéticas, decididas y en apariencia injustificadas, siempre excesivas. Poco a poco vislumbramos que se trata de ajustes de cuentas en el mundo del hampa, formas taxativas de acabar con rivales sin un adarme de piedad. Vale decir ya que en este plano y en todos los demás se siente que todo apunta a un centro, a un eje: el Duke.

Su ruta como boxeador y las opiniones que su vida fue dejando en conocidos

son dos pasajes de esta novela que no por fragmentada carece de unidad y solidez. Todo deriva en lo mismo: comprender que la andanza del Duke es gobernada por la carencia y el azar, dos ingredientes peligrosos para edificar al ser humano. El boxeo le dio un minuto de fama, nada más, y una sensación inconfesable de fracaso. Luego del pasaje pugilístico sobreviene el carrusel de trabajos malpagados y bestiales. El Duke es aprendiz de matarife en un rastro (llamado madero allá), oficio y espacio trazados por Medina con garra naturalista; descrito con la misma aspereza, el Duke es picador de zanjas, fabricante de velas, empleado de fresquera, trabajos todos que implican un alto grado de brutalidad y enajenación. En alguno de sus monólogos, el Duke describe el asunto

(recordemos que en estos capítulos no hay puntuación): “te convertís en un robot en una máquina que solamente piensa en las horas extras y mientras el sudor te resbala por la frente y te empaña los ojos y todo tu cuerpo está empapado como si hubieras estado bajo la lluvia vos solamente estás haciendo cálculos mentales de cuánto te tocará ese mes de cuánto te tocará por ser turno noche cuánto por buena asistencia cuánto por producción cuánto por premio...”.

Los trabajos de mula, crueles y pagados apenas para comer, son acicate para que él busque permanentemente una incierta mejora, la que sea. Por allí el Duke pesca un jale de cadenero en burdel, luego de chofer de un jefe mafioso y al final de matón a su servicio.

En la patética miserabilidad de las

puertas que se abren al Duke falta permanentemente algo que le dé margen de maniobra para vivir como verdadero humano. Todo es, alrededor del Duke, patada en el culo, escupitajo al rostro, absoluta falta de misericordia. El entorno es siempre oscuro y violento, de ahí que el Duke jamás logre comprender su circunstancia y se mueva casi como un ciego que avanza a tientas en el dédalo de su tragedia, que es la de muchísimos.

Prologada por Carlos y José María Marcos, *El Duke* es una novela henchida de incertidumbre y dolor, dos terrenos en los que Enrique Medina se mueve con conocimiento y maestría, como agudo transeúnte del infierno.

El Duke, Enrique Medina, Galerna, Buenos Aires, 240 pp.



Pregúntenle al trapequista

Raúl Blackaller Velázquez

El trapezio oscila de un lado a otro debajo de la carpa del circo, como un gran reloj. Los reflectores iluminan a los trapezistas en su viaje de ida y vuelta y sus piruetas. Chío observa maravillada. Con esos ojos grandes que no pierden detalle, se emociona con cada pirueta, brinca, contiene la respiración cuando, suspendidos en el aire, peligran de caer. Y cuando llegan a su destino, las manos de su compañero o la barra del trapezio, respira con alivio. Todos los días de función, Chío le pide a su novio que la lleve al circo, a Fito le gusta que se emocione tanto: mientras ella no pierde detalle del vuelo de los trapezistas, él la observa. Su mirada fija en las alturas, su cuello largo de quinceañera, sus orejas, su piel blanca. La emoción en su boca y sus manos que nerviosas reaccionan ante el espectáculo.

El circo terminará su temporada pronto, viajará a otras ciudades dentro del estado. Su mayor atractivo son los trapezistas, un virtuoso payaso, un viejo león y dos cansados tigres que los niños admiran con asombro mientras están en sus jaulas, dormidos. Ya solamente pueden hacer dos o tres trucos. Todos los días, Chío espera ansiosa el acto de los trapezistas.

Fito, como buen novio. Paga las entradas, las palomitas y los refrescos. Todo para que Chío se divierta, pero Fito está preocupado: el dinero que ha ahorrado se está acabando. Ella, como niña pequeña se prepara todos los días, se arregla, se peina, se pone vestido, se perfuma. Fito también se esmera. A él le gusta caminar con ella hacia el circo y de regreso pasar por la plaza. A este ritmo tendrá que pedir prestado o robar para seguir llevando a su novia al circo. Está gastando más de lo que gana ayudándole al zapatero a bolear zapatos. Pero no quiere decirle nada a Chío, es tan hermosa. A las 7 sale de su trabajo, se arregla porque a las 7:50 pasa por su novia para llegar a la función de las 8:30. Salen al diez para las diez, cruzan la plaza y la deja en su casa. Chío platica mientras caminan, los cambios del acto, el trapequista que casi se equivoca, el que cambia de vestuario, el de la sonrisa... Los conoce a detalle. Fito escucha su emoción, es feliz sólo con escucharla.

Es domingo y se ha quedado sin dinero. Tuvo que pedir prestado dinero al zapatero, que le adelantó una semana de salario. Se arregló con esmero y fue como siempre por su novia, pero en esta ocasión le

Raúl Blackaller Velázquez

(Torreón, 1977). Es licenciado en Derecho por la Universidad Autónoma de Coahuila y posee maestría en Educación por la Ibero Torreón de donde además es profesor de asignatura. Ha publicado ensayo, cuento, minificciones y poesía en distintas revistas regionales.

black1377@gmail.com



dijeron que había salido temprano. Se quedó un momento en la puerta sin saber qué hacer. Pensó en regresar a su casa o ir al circo a buscarla. Miró la calle, son las 8 y el sol casi oculto en el horizonte cae pesado sobre su cabeza. Se dirige al circo, como era el último día de temporada debió adelantarse para tomarse fotos. Estaba feliz que fuera el último día del circo. Podrán ir al parque a platicar y besarse.

Fito ve la carpa del circo y sus colores comidos por el sol, las miradas de las amigas de Chío le parecieron extrañas y las sonrisas sospechosas; él las saludó como siempre. Camina rápido, desesperado. Percibe el olor a aserrín

viejo y orines de animal mezclado con el de las palomitas. Se le antoja una bolsa de palomitas. Busca a su novia en la explanada casi vacía del circo: no hay gente en la fila de la taquilla. No la encuentra, rodea el circo. Se queda un momento viendo los animales... dormir. Ve al payaso que camina rumbo a su cámper. Siente el impulso de su mano que casi se alza a saludarlo, casi es su amigo, todos los días durante el verano vio su show. Se lo aprendió de memoria. El payaso comienza tocando la trompeta, juega con el público, luego hace unos malabares, toca la batería, vuelve a jugar con el público y se despide enseñando a todos un canto. Al final vuelve a salir

para que la gente se despidiera del elenco con ese canto.

Ve a Chío, sale de un cámper. Detrás de ella, el trapecista número 2. Se tapa la cara con el brazo porque les molesta el sol. Se queda inmóvil, la sigue con la mirada. Ella se voltea a besar al trapecista en la boca. Él la rodea con sus brazos. Ella se pega a él de forma cariñosa. Fito escucha su pecho crujir. Parpadea y crujen sus párpados. Cierra los puños y crujen sus articulaciones.

Estaba en silencio cuando los padres de Chío, al día siguiente, le preguntan por ella. Con los dientes apretados alcanza a decir: No sé, pregúntenle al trapecista.

Primer lugar en reseña bibliográfica

Dilema a resolver: nuestra alimentación en la era industrial

Maricarmen Zolezzi Sada

Los dos textos siguientes obtuvieron el primero y segundo lugares, respectivamente, en el concurso de reseña bibliográfica convocado en la Universidad Iberoamericana Torreón. Tema libre. El jurado se formó con Rosa Márquez García, Giovany López Ruiz y Jaime Muñoz Vargas.

Maricarmen Zolezzi Sada

(Torreón, Coahuila, 1997). Estudia el octavo semestre de la carrera de Nutrición y ciencias de los alimentos en la Ibero Torreón.
maricarmenzolezzi@hotmail.com

¿Qué debería comer? Esa es la pregunta de la cual parte *El dilema del omnívoro. Una historia natural de cuatro comidas* escrito por el profesor en periodismo Michael Pollan y publicado en 2006 por The Penguin Press. Incluso como omnívoros ubicados en la cima de la cadena alimenticia, esta pregunta es más complicada de responder de lo que parece. A diferencia de un animal como el koala, el cual basa su alimentación exclusivamente en hojas de eucalipto, para nosotros la casi interminable lista de alimentos disponibles —producto en parte de prácticas como la agricultura y más recientemente la industrialización— convierte lo que se origina como una necesidad biológica en un dilema que crea indecisión y ansiedad.

Pollan lleva al lector consigo a través de cuatro travesías alimenticias en las cuales demuestra su increíble capacidad para destilar y discutir temas que podrían de otra manera parecer muy complejos o tediosos para el lector.

Con el propósito de brindar más luz a cuestiones como las prácticas industriales que han puesto nuestra salud y al planeta en riesgo, y la falta de conexión con la comida por parte de la sociedad, este libro toma dos formas: un *exposé* del cual la agricultura, economía y política americana no salen bien libradas, pero también, lo que parece ser una carta de amor personal de Pollan hacia la comida y todo su proceso, desde la tierra a la mesa.

La primera travesía de Pollan es una comida de McDonald's, la cual consume mientras maneja con su familia a través de una autopista. Pollan parte de esta experiencia para adentrarse de manera metódica en lo que es definitivamente la plantación más peligrosa y al mismo tiempo poderosa en Estados Unidos: el maíz.

Aunque es un producto originario de México y parte esencial de su gastronomía, Estados Unidos se ha convertido en el mayor productor de maíz en el mundo, además de ser, en palabras de Pollan, “la raíz de toda maldad”. Desde hace décadas, legislaciones gubernamentales como el subsidio federal del maíz han convertido a este cereal en una de las *commodities* más baratas, utilizadas y con más versatilidad en el país, pero que al mismo tiempo ha creado un círculo vicioso de devaluación y subsidio del cual sólo los gigantes agricultores (también conocidos como Big Agribusiness) y las grandes empresas de comida y bebidas azucaradas (también conocidas como Big Food) han logrado sacar provecho.

Se utiliza para obtener jarabe de maíz de alta fructosa, uno de los mayores participantes y culpables en la epidemia actual de obesidad y enfermedades metabólicas. Pollan señala que de los más de cuarenta y cinco mil productos disponibles en



supermercados americanos, una cuarta parte contiene maíz en alguna de todas sus formas.

Se utiliza como alimento para ganado vacuno —incluso cuando estos animales no tienen la capacidad evolutiva para digerir correctamente el maíz— porque logra engordarlos de manera más rápida y barata. Esto lleva al uso, de otra manera innecesario, de antibióticos para contrarrestar el estrés que causa en sus sistemas digestivos.

Todos estos usos tienen un impacto negativo en la salud no sólo en la población norteamericana. Debido a tratados como el TLCAN, México se ha vuelto tanto un vertedero de esta sobreproducción como en una oportunidad para Big Food de explotar un mercado más pobre, susceptible y menos regulado. Igualmente, Pollan profundiza en otro aspecto: cómo la monocultura del maíz deja una

huella ambiental tan masiva como su producción.

Su segunda travesía es por los pasillos de la famosa cadena de supermercados orgánicos Whole Foods. Es aquí donde Pollan busca ingredientes para preparar él mismo una comida y utiliza esta oportunidad para cuestionar lo que hoy en día se clasifica como orgánico.

A diferencia de otros productos, la principal manera en la que lo orgánico intenta venderse es con largas historias y narrativas sobre sus orígenes y procesos de producción, tratando de pintar una imagen idealista y romántica sobre pastos verdes y animales felices en la mente del consumidor.

Según Pollan, navegar por estos pasillos es toda una “experiencia literaria” e indagando más a fondo sobre la veracidad de estas narrativas, concluye que la industria de alimentos orgánicos —o

como él la denomina, Big Organic (un oxímoron por sí solo)— no es más que otra táctica industrial que compromete la mayoría de los ideales orgánicos para poder producir a gran escala y distribuir a grandes distancias.

Sin embargo, Pollan admite que los productos orgánicos pueden ser una mejor opción —o como mínimo una menos mala— que otros productos ultraprocesados.

La tercera travesía, y la que parece ser la favorita de Pollan, se da en una granja de agricultura alternativa en el estado de Virginia. Es en esta travesía donde Pollan muestra sus habilidades para lograr sumergir al lector en los acontecimientos y aprendizajes por los que pasa el mismo.

Junto con Pollan, el lector tiene la experiencia de lo que es vivir en una granja completamente sustentable y

funcional. Su dueño, Joel Salatin, le enseña a Pollan lo que un alimento verdaderamente orgánico debe ser y cómo producirlo. Salatin adopta la policultura por completo, en la cual participan desde el ganado vacuno, gallinas y cerdos, hasta el estiércol de los animales, los gusanos y microorganismos en la tierra en un ciclo totalmente simbiótico donde cada parte es indispensable para el proceso y donde no se requiere de elementos externos como fertilizantes o pesticidas.

En la última travesía, Pollan se propone preparar una comida exclusivamente con productos recolectados y cazados por el mismo con el propósito de intentar reconectarse de la manera

más directa posible con sus alimentos. Es en esta travesía donde Pollan adopta su lado filosófico para abordar temas como la desconexión de las personas con sus alimentos en contraste con nuestros ancestros paleolíticos y también en la ética de la caza y el consumo de animales.

Pollan hace el magnífico trabajo de introducir al lector al extenso, complicado y algo turbio mundo de la industria de alimentos, y ayudarlo a conectar los puntos entre este mundo y lo que él llama el “desorden alimenticio nacional” que además ha llevado a la crisis actual de enfermedades metabólicas.

El único ámbito en el que Pollan resulta un poco deficiente es en aportar

soluciones concretas para atacar estos problemas. Aunque personas como Salatin y su granja de agricultura alternativa son un faro de esperanza e inspiración, la posibilidad o deseo de vivir de manera remota para cultivar y criar sus alimentos orgánicos no es algo que cualquiera tiene.

Sin embargo, *El dilema del omnívoro* continúa siendo una lectura de lo más relevante a más de diez años de su primera publicación, y posiblemente ganará más relevancia conforme pase el tiempo. Pollan cumple de excelente manera lo que parece ser su mayor propósito: plantar una semilla de interés en el lector sobre qué es lo que estamos consumiendo y todo lo que esto conlleva.



Segundo lugar en reseña bibliográfica

Redefiniendo la femineidad

Ana Sofía Castañeda Bravo

Louisa May Alcott era una mujer consciente de su realidad social y muy avanzada para su época, y su *Mujercitas* es una hermosa y extraordinaria novela cuya factura es tan sencilla de entender y presenta tal fluidez que simplemente nos hace sentir parte de las aventuras de las cuatro hermanas March. Experimentamos sus pesares, regocijos, amores y nos ayuda a ver las ventajas y la belleza de la vida.

Asimismo, este libro nos deja con ganas de saber más sobre las hermanas protagonistas debido a que nos involucra en uno de los momentos más importantes de la vida humana: el paso de la niñez a la adolescencia. Ver los cambios emocionales, el cuestionamiento que surge dentro de ellas por su rol dentro de la sociedad, la adopción de nuevos valores y la madurez que desarrollan provoca un cuestionamiento sobre las ideas y principios que rigen la vida. Si bien es cierto, vivimos en épocas completamente diferentes, pero nos damos cuenta de que la idea que tenemos sobre la vida no ha cambiado mucho.

Esta obra literaria comienza en una navidad del siglo XIX en Estados Unidos en la que las cuatro diferentes hermanas March se lamentan sus pesares. Meg es la hermana mayor, bastante bella, elegante, cordial y con sueños de riqueza. Después está Jo, la oveja negra de la familia, creativa, independiente e inteligente, con el deseo de ser libre para hacer las cosas que los varones hacen. La siguiente es la talentosa Beth, el ángel de la familia, quien está dispuesta a hacer todo por sus padres y hermanas. Y finalmente, la vanidosa Amy, una pequeña rubia con aspiraciones de artista y que ama a su familia a pesar de todo.

Por primera vez la familia March tenía que celebrar una navidad sin su padre, quien se encontraba en el campo de batalla y con la convicción de que será un año terrible. Su madre, tan amorosa y paciente, le regala a cada una de sus hijas un libro con anotaciones personalizadas para cada una. Dicho libro era una guía para las March, un recordatorio de sus virtudes y de la gratitud que debían mostrar, ya que poseían algo que nadie más tenía: la una a la otra.

El siguiente aspecto relevante para la transformación de las jóvenes fue la convivencia que tuvieron con Laurie, su nuevo amigo. En esos años, la amistad entre hombres y mujeres era impensable, pero las hermanas March

Ana Sofía Castañeda Bravo

(Torreón, Coahuila, 2000). Estudia el sexto semestre de la carrera de Derecho en la Ibero Torreón.

sofiacastaneda.pereyra@gmail.com



y los Laurence no lo consideraban una regla general. Su amigo fue un gran alimento para su espíritu, ambiciones y

creatividad, una persona que las hacía sentir seguras y con quien podían ser ellas mismas sin ser juzgadas.

Durante todo el año sucedieron eventos inimaginables y tuvieron aventuras que las marcaron para siempre. Aprendieron a valorarse, que la lealtad a tu persona y tus valores debe ser prioridad, que la riqueza económica no es tan importante como la riqueza del corazón, además de la satisfacción de un trabajo duro, la libertad del perdón, la superficialidad detrás del egoísmo y la vanidad, la significancia de la gratitud, entre otras cosas.

Cuando su papá regresa de la guerra descubre que sus hijas ya no son las mismas pequeñas que dejó. Inmediatamente notó los aprendizajes y sabiduría que cada una de ellas adquirió durante el año de su ausencia. Se dio cuenta de que sus niñas ya eran unas mujercitas.

Este libro es uno de mis favoritos desde hace muchos años. Lo he leído en distintas etapas de mi vida y cada vez que lo leo me identifico con una hermana diferente y le doy un significado distinto. Siento que soy parte de la familia, que vivo las aventuras con ellas y se vuelven trascendentales para mí, como si las hubiera vivido en carne propia. Antes de leerlo por última vez, en esta etapa de mi vida, creía que era víctima de las expectativas de mi familia y mi sociedad, pero después de leerlo descubrí que soy fruto de mis anhelos, decisiones, aprendizajes, experiencias y aprehendo lo que me gusta de mi familia y la sociedad, pero estos últimos no me construyeron en su totalidad.

Mujercitas contiene un sinfín de lecciones y a partir de mi experiencia considero que todas las personas deberían agregar este libro a su acervo. Creo que es ideal enseñarles a todas las pequeñas que pueden ser Meg, Jo, Beth o Amy, y así redefinir en ellas la idea de “femineidad”.

Primer lugar en cuento de la Escuela Carlos Pereyra

Acmé-orate

Regina Aguilar Muñoz

Los tres cuentos que vienen a continuación obtuvieron respectivamente primero, segundo y tercer lugares en el concurso de cuento convocado en la Escuela Carlos Pereyra (categoría preuniversitaria); el tema fue la pandemia. Fungieron como jurados Guiomara Alvarado Cruz, Saúl Ramos Aranda y Jaime Muñoz Vargas.

Regina Aguilar Muñoz

(Torreón, Coahuila, 2003) estudia el último año de prepa en el área de ingenierías de la Escuela Carlos Pereyra.

theuwurocket@gmail.com

Hacía mucho calor, me encontraba sentado en un sillón mirando al techo y tarareando una canción de cuyo nombre no quiero acordarme.

Estaba solo como cualquier otro día del encierro, pero algo era diferente: sentí el impulso de querer levantarme de golpe y brincar a la mesa, y sorpresivamente lo hice; ahí estaba contemplando las paredes de la sala y pensé que ya era necesario darle otra capa de pintura. Seguía escuchando la canción en mi mente cuando empecé a darme cuenta de que las esquinas de la sala habían desaparecido, que ahora me encontraba encima de una mesa en un cuarto sin esquinas que poco a poco iba perdiendo la forma mientras seguía sonando esa curiosa canción.

Me quedé unos momentos intentando procesar dónde estaba, intentaba concentrarme en algo a mi alrededor, pero nada parecía tener una forma a la cual pudiera encontrarle algo de sentido.

Me sentí agobiado y bajé de la mesa; aunque ahora todo parecía estar normal, seguían ahí las paredes despintadas, todas las esquinas de la sala habían vuelto a su lugar y la canción ya no se sentía tan intensa.

Decidí tomarme un vaso de agua y subir a mi cuarto; al pasar por un espejo me di cuenta de que verdaderamente mi madre no exageraba cuando decía que no haberme cortado el pelo en toda la cuarentena estaba haciendo efecto, y en un ataque de impulsividad tomé unas tijeras de mi escritorio y volví al espejo con la intención de cortarme semejante greña, pero algo me detuvo, algo que al día de hoy no termino de comprender, y sólo me quedé viendo mi reflejo.

Primero sentí nostalgia y tuve ganas de llorar, pero me contuve y poco a poco esa nostalgia se convirtió en impotencia, en enojo y no sé en qué momento comencé a gritarme a mí mismo.

Aún no recuerdo qué fue lo que me dije aquel día, pero sé que nunca en mi vida me había sentido así, intimidado por mi reflejo, por mí mismo, y en un arranque de temor cubrí los espejos que había cerca, y por un momento todo fue silencio, escuché muy lejanas las notificaciones de mi celular, y entre más creía acercarme, más se perdía el sonido.

Comencé a temer por mi salud mental y bajé para recostarme en el sillón donde todo había empezado; por un momento me sentí tranquilo, ya

no sentía urgencia por los espejos, ya no importaban las paredes ni las esquinas, era una sala cualquiera, con alguien que no importa sentado en ella, y entonces llegó de golpe.

Era una capirozada de sentimientos demasiado complejos para explicarlos, pero había algo de lo que estaba seguro: sentía temor, un temor enorme, no me sentía a salvo y volví a escuchar esa canción que no sabía si me tranquilizaba o sólo me ponía más nervioso; me puse a dar vueltas por la casa hasta que llegué al único espejo que no había tapado, y verme ahí, cansado de correr, respirando, me dio una tranquilidad enorme.

Me sentía atrapado en mi reflejo, sentía que quería hacer tantas cosas y que no podía salir de ahí, cerré los ojos un momento y recordé todo lo que había querido hacer con mi vida y para soltarlo, lo dije en voz alta, pero, a diferencia de la vez anterior, ahora no me estaba gritando.

—Quiero aprender a bailar tap, quiero dominar el mundo cómo héroe y como villano, quiero pasar biología y también quiero ganar la lotería, quiero escucharme y que me escuchen, quiero emborracharme y nunca beber alcohol, quiero ser un astro y atravesar la barrera del sonido, quiero serme honesto y de paso quiero mentirme, quiero viajar en el tiempo y construir la torre Eiffel, quiero vivir una revolución y tener las agallas de estar dispuesto a morir y así tener el poder de matar, quiero encender una vela roja y otra morada, quiero ser siempre concreto pero también irme por las ramas, quiero despedirme de quien no pude, quiero casarme siete veces y divorciarme otras diez, quiero jugar a la ruleta rusa, quiero morir... pero, sobre todo eso, quiero vivir.

Inhalé para recuperar todo el aire que



dejé salir de mí en ese momento, aunque creo que logró salir algo más ese día.

Después de esa epifanía me llené de tristeza, de saber que una vida no me da para hacer todas las cosas con y sin sentido del mundo; quiero hacer todo eso, aunque no tenga tiempo, quiero vivirlo, aunque no sea en la realidad.

Me sentí como mi joven yo intentando consolarse en alguna de esas tristes madrugadas que se sentían eternas; fue reconfortante esa especie de *déjà vu*.

Desmotivado, volví al primer espejo que me causó tanto conflicto y lo descubrí, volví a tomar las tijeras y aquella pregunta que me envolvió la primera vez volvió a aparecer.

¿Debería cortarme el pelo o las venas?

Y creo que ese es el primer momento de mi vida en el que no hice algo impulsivo. Dejé las tijeras y bajé al sillón, me eché en él para después levantarme y subir a la mesa como en el inicio de nuestra historia. Volvió la canción, pero ahora ya no me inquietaba más, sentía cómo las esquinas volvían a desaparecer y el cuarto volvía a perder su forma, pero estaba tranquilo; porque todo lo que empieza debe terminar, sabía que aquella calurosa tarde estaba llegando a su fin y tenía esperanza de que algún día saldría de allí.

Sólo me dejé fluir.

Segundo lugar en cuento de la Escuela Carlos Pereyra

Un día en la vida

Paulina Montaña Aranzábal

Viernes 13 de marzo 2020

Güera despierta a las 6 de la mañana. *Por fin viernes*. Levanta su celular y abre Spotify poniendo “The man” de Taylor Swift y después de un rato de disfrutar la flojera, decide levantarse y darse un regaderazo ¿Qué lunático se bañaría en las noches?, pensaba.

Cuando sale de la regadera a vestirse, abre su cajonera para escoger la única playera de la Pereyra que la dejan usar que no sea del uniforme, la playera de la Semana Ignaciana. La recoge sin ánimo y a su lado escucha maullar a su gata Paulina. *Es mejor que el uniforme, ¿no?* Desayuna avena con fruta y entre sus pensamientos brinca la tarea de matemáticas que olvidó hacer, pero recuerda que Hazel se la pasaría cuando llegara a clase, y volvió a su desayuno.

Hazel se levanta a las 5 de la mañana, va al baño arrastrando las cobijas y se moja la cara, voltea al espejo y ve su pelo enmarañado. *Viernes al fin*. Sale del baño y su perrita Emily ya está esperándola en su cuarto. No le gusta dormir con ella, pero escucha que despertó y Emily está preparada en su cuarto para darle los buenos días. Escoge su ropa de viernes, playera de la Semana Ignaciana, pantalones y una sudadera de Harry Potter. Baja a desayunar con sus audífonos puestos escuchando Stray Kids por millonésima vez. *La letra de Gone Days es ARTE*. En la mesa de la cocina encontró un huevito revuelto y al lado su almuerzo: rollitos de emparedado de jamón. Cuando salió de su casa vio un mensaje de Güera preguntándole si le pasaba la tarea de matemáticas cuando llegara a la escuela, se rio y se subió al carro.

La alarma de Pelusa suena a las 6:20, pero pone el eterno posponer. Su alarma especial que le avisa que va llegar tarde suena a las 7 en punto y se levanta corriendo de la cama, se viste con el uniforme de cualquier otro día porque con las prisas se le olvida que es viernes. Le da de comer a sus perritos: Julia, Kira y Chikis. Agarra su jugo verde CON CUIDADO QUE SE CAE y sale corriendo de su casa. Llega a la escuela antes que todos y se pone sus audífonos para escuchar “Adore you” de Harry Styles y espera sentada a que el salón se llene de compañeros.

Paulina Montaña Aranzábal
(Torreón, Coahuila, 2003). Estudia Humanidades B en la Escuela Carlos Pereyra.
paulina.montana@pereyra-torreon.edu.mx

En recreo llega Daniel al salón de 5° Z; trae diez chamarras encima porque a 23 grados se muere de frío. Jorge ya está con Hazel hablando de la nueva broma que le habían hecho a la maestra distraída de matemáticas subiendo su mochila en el conducto de ventilación para que no diera clase. Pelusa y Güera debatían eternamente por qué bañarse en la noche o en la mañana era lo correcto y así platicaron hasta que el recreo acabó cuando el profesor de literatura entró para su próxima (y última) clase con 5° Z.

Viernes 11 de septiembre de 2020

Güera despierta a las 6:30 de la mañana, Taylor Swift sacó un nuevo álbum que escucha todos los días con su nuevo disco de vinilo. Despierta con sus gatos en la cama y los abraza (si se dejan) antes de levantarse y darse un regaderazo. *Aun en pandemia, ¿qué lunático se baña en la noche?* Sale de bañarse y se pone la playera de la Semana Ignaciana pero con los shorts de pijama puestos y sus lentes nuevos a prueba de pantalla. Se sienta en su sillón naranja con toda la flojera que se merece un viernes y empieza la primera videollamada.

Hazel se despierta a las 6:40 de la mañana. Ahora en vez de arrastrar las cobijas al baño, arrastra la tarea de química que se quedó haciendo dormida. *Eso me pasa por estar en biológicas.* Se echa agua en la cara y sonríe al verse al espejo. *El viernes no es el peor día.* Se viste con todo y pantalones porque tiene que estar comprometida con la escuela. Se para viendo su nuevo mural y los colores la hacen sonreír. Se sienta frente a su escritorio, se pone sus audífonos y entra a la primera videollamada.

Pelusa despierta a las 6:30 de la mañana, pero la cama tiene cierto pegamento, así que no se levanta hasta las 7. Pone un poco de Coldplay para inspirarse. Ve la playera de la Semana Ignaciana amarilla, en vez de la roja, y decide ponérsela, porque está de humor amarillo. Baja para desayunar en su primera videollamada y se sienta en el comedor delante de su computadora, y aunque batalla para iniciar, nunca le falla y entra a la primera sesión.

Marina se despierta a las 7 de la mañana aunque un día antes haya prometido levantarse más temprano para ser productiva; se lava la cara y entra a su primera sesión con la playera de la Semana Ignaciana.

Once de la mañana del mismo día liberan

primero a Marina al recreo, se tira a la cama y marca a todas para la habitual llamada del recreo. Llegan Pelusa y Hazel, que están en el mismo salón de clase de ciencias de la salud, llenas del eterno conocimiento del profesor, y Güera regodeándose con la mejor clase de Derecho del mundo. Pelusa platica cómo la miss de química le dice a un chavo “hombre lobo” por su barba descuidada, y Rapunzel a los niños con pelo largo. Después de media hora de eterna risa, Hazel grita: “¡No manches, ya es hora! Marina grita “¡Voy tarde, voy tarde!”, a lo que Güera le contesta: “¡Tú siempre vas tarde!”.

No todo es igual, pero el cambio es disfrutable si tienes amigos que te hagan reír como ríen Pelusa, Hazel, Marina y Güera.



Tercer lugar en cuento de la Escuela Carlos Pereyra

El Rey de las Desgracias

Emma Vonzel Canela Becerra

Oswaldo odiaba ese sitio lleno de niebla. Deseaba terminar con lo debido para largarse. Sentado en su trono, pensaba en la nada, completamente en la nada. Hace una semana su padre le había comunicado que le otorgaría el honor de ser la siguiente desgracia, pero, ¿por qué Oswaldo tenía que encargarse de esto? ¿Sólo por ser su tonto hijo obligado a mantener el legado familiar y llevar miseria al mundo humano? Qué absurdo, simplemente no quería hacerlo. Recordó cuando junto a papá crearon la gripe. Parece que fue hace siglos cuando la gente moría por algo tan simple. Ahora todo era un patrón. Lo desconocido llega a los humanos, la gente actúa despreocupada, poco a poco se da cuenta de la gravedad del problema y cuando ya se han perdido suficientes vidas, decide actuar. Patético. Oswaldo sabía que era el siguiente en la lista por haber cumplido 18, pero si su padre se enteraba de lo que pensaba, le pasaría el mando a su hermana y Oswaldo sería la mayor decepción de sus antepasados. Básicamente era su trabajo de vida, algo tan simple como crear una enfermedad y controlarla en los vivos para eliminar la sobreproducción. Además, él podía elegir su nombre y si sería un nuevo virus o uno mutado. ¿Estaba Oswaldo listo de verdad? Esto ya no le importaba. Su padre ya no estaba, pues cuando Oswaldo aceptó el trabajo, papá desapareció en la niebla completamente. Padre ya no tenía por qué vivir, ya no es el rey. Oswaldo se levantó de su silla y con decisión miró hacia abajo para decir:

—Covid-19. Esa será tu nueva pesadilla, mundo.

Llegó a la conclusión de que el virus no sería nuevo, sino uno mejorado. Éste sería tan fuerte que no podría compararse con ningún otro. Comenzaría con fiebre altísima, luego tos, dificultad para respirar, cansancio, incapacidad para realizar actividades, hasta lo peor. Para trabajar, primero tenía que observar el mundo humano que se encontraba a sus pies, escoger a una persona, visualizar cómo le afectarían los síntomas del virus y al cabo de cinco minutos el individuo estaría infectado. Además, también era esencial pensar la causa de la enfermedad para que en el mundo humano cobrara sentido y empezar la propagación. Oswaldo podía decidir a quién quería y a quién no que le afectara este virus, pero las personas podían contagiarse también por su cuenta. Así fue como el Covid 19 se

Emma Vonzel Canela Becerra

(Torreón, Coahuila, 2005). Estudia primer año de preparatoria en la Escuela Carlos Pereyra.

emmavonzelpereyra@gmail.com



convirtió en una amenaza. Pasaban los días y Oswaldo trabajaba tan bien que cualquiera lo hubiera considerado uno de los mejores reyes. Todo iba perfecto hasta que un día algo llamó su atención. Cuando propagaba la enfermedad sintió un destello de luz, por lo que se acercó a él y le impresionó la fuente de donde provenía: una joven. Tenía alrededor de 22 años y era enfermera. Su nombre, Laurie. Ella estaba tranquilamente en su descanso, el Covid aún no llegaba a su ciudad. Se encontraba hablando con sus compañeros de trabajo. “Se ve que ella tiene buenos amigos, que suertuda, yo no tengo ninguno. Ojalá tuviera”. Al rey no se le permitía tener amigos, vivía aislado. Ahora, ¿por qué demonios brillaba esa chica? Se veía exactamente igual a todos, una humana común. Por la noche la siguió hasta su hogar. La confusión de Oswaldo se dio cuando una señora de la tercera edad le abrió la puerta. Su abuela. Oswaldo comprendió. Laurie era bondadosa. Mirarla se convirtió en su pasatiempo. Ella trabajaba todo el día y regresaba hasta tarde para cuidar a su abuela. Laurie era la única humana que brillaba. Pasaron semanas, y en poco tiempo todo el mundo entró en cuarentena. Los casos de Covid au-

mentaron rápidamente debido al gran trabajo del rey, por lo que Laurie tenía que quedarse más tiempo en el hospital, pues los pacientes subían de número. Oswaldo entonces tuvo la opción de contagiar a Laurie, a la que se negó. “Si brilla, es por algo”, pensó. Después de elegir no contagiar a alguien, esta persona nunca se contagiará.

El Covid comenzó a llevarse vidas. Todos luchaban por sobrevivir. Pasó un año entero. A Oswaldo le tomaba mucho tiempo propagar el Covid, por lo que dejó de espiar a Laurie durante varios meses, pero sentía que algo le faltaba. No podía disfrutar de aquel ser brillante que al llegar a casa se desinfectaba durante horas, que amaba con tanto cariño y cuidado a su abuela, ese ser que le demostró lo especial que pueden ser los humanos. De alguna forma, sentía como si ella fuera su amiga. Su única y brillante amiga.

La gente descubrió una vacuna en un año y medio de cuarentena. Ya casi era la hora de irse para Oswaldo. Pero antes quería ver a su ser brillante. Una sensación de comodidad invadió su cuerpo. Oswaldo llegó al hogar de Laurie, era medianoche y a esa hora ella ya estaría en casa con la abuela, pero no estaba. Su segunda opción fue visitar el

hospital donde ella trabajaba. Laurie se encontraba ahí, observando la ventana de habitación en el hospital. Allí dentro se encontraba la abuela, muerta en la cama. Laurie ya no brillaba. Oswaldo nunca se dio cuenta de que, semanas atrás, la abuela se contagió. Era la primera vez que él lloraba. Le quitó el brillo a la única persona que brillaba, le quitó a su abuela, y a cuántos más también. “Soy un ser... horrible, cómo pude... a mi única amiga”. Desde ese momento, Oswaldo evitó contagiar y el Covid dejó de ser una amenaza. Fueron dos años de arduo trabajo para Oswaldo, casi dos años de observar a Laurie y un año y medio para crear una vacuna. Se dio el fin a la era de Oswaldo, el Rey de las Desgracias. Ya no podía hacer nada, sólo lamentarse y llorar mientras la niebla lo absorbía. “Lo siento, Laurie. Lo siento, padre”, dijo y desapareció por completo.

Actualmente todavía existen casos de Covid, pero cuando son tratados las personas se recuperan y comienzan a “brillar”. La cuarentena terminó, pero todavía se tienen las medidas de salud necesarias, pues el mundo sabe que vendrá algo peor, algo causado por la Reina de las Desgracias.

Primer lugar en cuento de la Ibero Torreón

Algo que me recuerda

Joseph Raúl Favela Rodríguez

Con el tema de la pandemia, los tres cuentos siguientes obtuvieron respectivamente primero, segundo y tercer lugares en el concurso de cuento convocado en la Universidad Iberoamericana Torreón (categoría universitaria). El jurado fue conformado por Guiomara Alvarado Cruz, Tania Leyva Sánchez y Saúl Ramos Aranda.

Joseph Raúl Favela Rodríguez
(Torreón, Coahuila, 2001). Estudia el tercer semestre de Comunicación en la Ibero Torreón.
joseph_favela@outlook.com

He perdido la noción de los días. No ha pasado mucho, eso lo sé. Pero aún así cada minuto parece una hora, cada hora parece un día y cada día parece una eternidad. Antes el reloj me parecía una herramienta vital del día a día, hoy ya no tanto. He dejado de verle la necesidad de poner una hora a un momento específico del día. La vida ahora sólo se divide en día y noche.

Al despertar, no quiero levantarme de mi cama. Sólo deseo que ésta me abrace y que después me trague para ir eternamente a la tierra de los sueños. Pero no pasa eso. En su lugar, siento como si me expulsara un poco en contra de mi voluntad. Primero pongo en el suelo el pie derecho, aceptando mis supersticiones. Tengo trabajo. Y es curioso. Todo está mal, pero se intenta seguir como si nada. Es una forma de mantener viva la esperanza.

Trabajo un poco, pero no sé... no se me da. Todo se siente tan... aburrido. Bueno, siendo sinceros, ¿quién no se sentiría aburrido de trabajar en casa? (cuando por alguna razón el trabajo que han dejado es aún más...). Termino todo, pero es un error, pues regreso al mismo hoyo.

No puedo quedarme en mi habitación. Ya me cansé de ella. Pero siempre está el mismo problema: ¿a dónde voy? Camino de un lado de mi casa al otro. Todo se volvió muy plano. Voy a la sala, y aunque enciendo el televisor y me siento, no veo nada. Y no es porque no funcione, sino porque nada llena. Voy al baño, me miro en el espejo. Veo mi rostro. No logro descifrar mi expresión. ¿Es una expresión entumecida? ¿Anonadada? Y aunque no deba hacerlo, toco mi cara. Lo hago para asegurarme de que todavía siento. Voy a la cocina. Y aunque tengo hambre, nada me llena. O tal vez no es hambre, tal vez sólo es ansiedad. Después de vagar por mi casa, regreso al mismo lugar de siempre, pero mi mente sigue divagando. Se va por muchos lugares, cae en diferentes rincones. Tal vez no esté mal recordar.

Me pongo a recordar la última vez que reí con amigos. Parece que fue hace mucho tiempo. ¿Reí lo suficiente? ¿Debí haberlo hecho más? Esas preguntas invaden mi mente. Me pongo a recordar la última vez que caminé por el centro comercial. Disfrutaba mucho eso. Pasaba entre la gente, con mis audífonos puestos, escuchando lo que yo quería escuchar.

Me pongo a recordar la última vez que trabajé fuera de casa. En ese momento no lo veía tan bien, pero ahora me doy cuenta de que hacer las cosas fuera de casa da un poco de originalidad, de emoción. Y me pongo a recordar la última vez que vi, abracé y besé a esa persona especial. Y es lo que más me duele, porque sentí cómo una parte de mí ya no está, porque ya no tengo a esa persona.

Ya no puedo recordar más, porque al hacerlo me siento un poco mal. Es cierto lo que se dice: no sabes lo que tienes hasta que lo pierdes.

A pesar de que no debo hacerlo, salgo de mi casa a la calle para así asegurarme de que no estoy en un domo o en una jaula. El aire fresco entra en mis pulmones y logra revitalizarme de alguna forma. El sonido de las aves hace que mire hacia donde están. Me causa algo de gracia y envidia. Ellas no saben lo que está pasando, sólo están en los árboles, diciendo algo que sólo ellas entienden. Al caminar un poco, mis ojos se ciegan por la luz del sol. Con algo de esfuerzo trato de ver el cielo y me topo con una de las vistas más hermosas.

A pesar de que las nubes están pre-

sentes, el sol se ve en todo su esplendor. Los tonos naranjas, amarillos y rosas son más que un deleite. Y aunque es por un momento, eso me llena.

Es suficiente. Trato de entrar a casa. Pero al hacerlo, unos pequeños “amigos” me detienen en el jardín de la entrada. Son unos girasoles. Son pequeños, aún les falta tiempo para crecer bien. Pero al verlos, con sus colores verdes, amarillos y cafés, me lleno un poco más. Involuntariamente, mi rostro se mueve un poco.

Es leve y efímera, pero una sonrisa aparece en mí.



Segundo lugar en cuento de la Ibero Torreón

Estaba en el aire

Renata Ivana Muñoz Chapa

Ya son 123 días alejada. Doce veces he salido por pan dulce y leche. Y por desinfectantes, casi a diario. Nunca había atravesado una situación así en mis 17 años. Estoy harta. ¿Aislarme de los demás? ¿Cuándo lo iba a imaginar? Si algo disfruto es hablar, reírme con mis amigas, correr por cualquier lado. No sé cómo he soportado tantas semanas, tantos meses, sin su presencia. Aquí todos los días son iguales y no creo ser la única que lo siente así.

Desde que empezamos con el encierro mamá me mandó con mi abue para que yo pudiera cuidarla. Tiene casi setenta años. Su casa no es mi lugar favorito, pero no puedo renegar. Porque yo no soy la autoridad, ni la tengo. En realidad, odio estar en este lugar.

Aquí no hay internet. No tengo con quién platicar, ni siquiera con mi mamá. A pesar de que, en nuestra casa, nunca la podía ver porque entraba y salía para ir a trabajar, al menos algo nos decíamos por las noches. Ahora, como ella no quiso ser la culpable de que nos contagiáramos de esa enfermedad de la que todos hablan, hablan y no dejan de hablar, estoy aquí. Harta.

Mi abuela ve sus aburridas telenovelas, sus series y sus ridículos concursos. Insoportables. Pasa casi todo el día en su cama. No entiendo su vida *normal*. Dicen que cuando alguien sufre de depresión está triste todo el tiempo. ¿Habré llegado a eso ya? Sólo estamos encerrados mi abuela, los muebles deteriorados, sus miedos, los míos y la otra persona que, se supone, era yo. Qué me queda ahora. Ver tapices aborrecibles, contar sus flores con moho y pudrirme por dentro. Todo me parece inservible, aburrido, sucio y tedioso.

Desde hace varios días he creído que si recorro esta casa que nunca me perteneció puedo hacer algo “interesante”. Leer, supongo. Son montones de libros los que tiene mi abuela. Puede ser que ahí me entere del porqué de su frialdad y sus cursilerías. Me llama tanto la atención ese contraste. Tiene recetarios y manuales del tipo *Aprende a elaborar chambritas en cinco simples pasos*. En la habitación del segundo piso tiene un librero gigante. Colecciona novelas policiacas, de misterio y otros temas. ¿Y si ahí me llegara a encontrar un “lo que fuera” para entretenerme? No quiero nada más. Sólo saber cómo escaparme, cómo olvidarme de todo por un momento, y punto.

Renata Ivana Muñoz Chapa

(Torreón, Coahuila, 2002). Estudia el primer semestre de la carrera de Comunicación en la Ibero Torreón.
ivanamzch@gmail.com



Libros, libros. Cuando digo esa palabra, recuerdo que la única mención que he escuchado sobre mi papá es que era un lector muy intenso. Supongo que algo de él podría andar por mi sangre. Nunca lo conocí. Mi mamá procuraba eludir el tema siempre que yo preguntaba “¿Y mi papá? ¿Por qué no me cuentas de él?”. Ella me contestaba con un “ahorita vemos eso, mijita” o “espérame un rato, luego te contesto”. Como mi abuela se

convirtió en una persona arrogante con el paso del tiempo, nunca le pregunté lo mismo. Le tenía miedo. Yo pensaba que me iba a contestar de mala manera y prefería ahorrarme uno de sus típicos sermones sobre lo traicionero que son los hombres. Nunca supe lo que fue tener un papá. Sentía la necesidad de exigirle respuestas a mi mamá cuando me ahogaba la curiosidad, quizá hasta el morbo, sobre la vida de él en la mía. Sólo pensar

en esta situación, y aún sin mencionar a mi papá, ya tenía la sensación reprimida de llorar. La obsesión de saber qué era de su vida la he cargado igual que a mi mismo nombre.

Yo tengo solamente 17 años y todo el control de la casa de mi abuela. Se queja de casi todo. Puede ser porque ella tiene la ilusión de que una chava de mi edad pueda sacar adelante una casa entera tal y como ella lo hizo antes. Ahora no es

ni va a ser así. Limpiar toda una casa desde la azotea hasta el último piso es demasiado. Un abuso. Aunque, por otra parte, y para no ser tan malagradecida, debo reconocer que las atenciones con mi abuela me han mantenido algo ocupada y me hacen explorar.

Esas largas escaleras para ir al segundo piso, el del librero, se me han vuelto aún más agobiantes. Quiero ir por los libros de mi abuela, pero hoy, por ejemplo, ni siquiera he llegado a la mitad sin que me canse. Tengo que hacer una pequeña pausa a media subida. Me agoto y me parece extraño porque si yo podía limpiar la casa completa días antes, cómo no puedo subir hoy 17 escalones. Me recargo en el barandal y, ahí, no sé por qué, pero otra vez me vuelvo a acordar de mi papá y sus rollos con los libros.

Una vez subidos todos estos larguísimos escalones, me sigo sintiendo cansada, pero con la sensación de haber logrado lo que quería. Entro al cuarto, también tan olvidado como me siento yo, y veo que no tiene ventanas. Sólo tres rendijas por donde entran rayitos de luz. Tiene un foco, pero no ayuda para nada. El cuarto está lleno de polvo. Telarañas. Muchas cajas están apiladas y atascadas de papeles, fotos y documentos que nunca tomé en cuenta. Son recibos de luz, de agua y papeles extraños de mi mamá.

El primer libro que me encuentro es uno que me encargaron leer en la escuela, pero que nunca revisé porque me pareció aburrido. Encima de él están enciclopedias muy pesadas y varias cajas más con más montones de papeles. Cuando trato de sacar el librito, por no mover lo que está encima de él, las cajas llenas de polvo caen sobre mí. Por el piso quedaron muchísimas cartas. Y, pues, ¿a quién no le gusta leer cartas ajenas y

más cuando estás completamente segura de que nadie te está viendo? Tomo una al azar y veo el nombre de mi mamá en la parte del frente del sobre. Escritura a mano. Por atrás, con letras más chicas, el nombre de un hombre.

Por un momento, en una asociación repentina y hasta loca, no sé por qué, creo que esa manera de escribir es la de mi papá. Y al mismo tiempo no pienso que sea posible después de tantos años preguntándome por él. Ahora veo las fechas de los sellos postales. Es imposible. ¿Cómo iban a ser cartas que él nos hubiera mandado a mí y a mi mamá desde hace más de diez años? ¿Qué tenían que hacer ahí, escondidas en ese cuarto de la casa de la abuela? Pero no puedo resistirme.

Abro una carta. La más grande. Ésa que deja ver la parte de una foto. Comienzo a leer. Comprendo. Relaciono. Tiemblo.

Ver algo de mi papá, en este momento, aunque sea su forma de escribir, no sé cómo interpretarlo. Toda mi vida sin él y, ahora, en mis manos tengo algo que él también tuvo en las suyas. La carta más cercana tiene fecha del 21 de septiembre de este año. Ordeno todas y confirmo que él mandaba una carta cada cuatro días. No tengo idea de por qué llegaban a esta dirección y no a la mía. Sigo mi lectura y siento que mi cuerpo no me responde. No sé qué pensar. Siento que ya no sé ni cómo respirar profundamente. Y necesito tanto el aire. Me sigo sintiendo sin energía y ese aire que me faltaba en días pasados, y que no sabía por qué se me iba, ahora me falta más. Sólo me importa que pasen los días para recibir la siguiente carta de mi papá.

¿Sabrá mi papá que nunca vi sus cartas? Quiero hacer algo al respecto, pero no sé cómo responder sus mensajes.

No tengo idea de cómo mandar una carta en pleno 2020. Nunca tuve la necesidad de mandar una. Necesitaba contarle a todo el mundo que por fin sabía algo de él, pero no quiero que nadie sepa lo que nos pasa porque presiento que lo tacharán de irresponsable por dejarnos solas a mí y a mi mamá por tanto tiempo. La última carta que mandó fue este pasado 21 de septiembre. Eso significa que el 25 mandará otra. No sé cómo no me había dado cuenta de que todos estos días estaba mandando cartas. Nunca presté atención a la correspondencia. Siempre había dicho que eran cosas de adultos, y nada de eso me interesó. Estaba segura de que mi abuela sabía perfectamente que mi papá mandaba cartas y en el momento en el que yo dormía las metía en su caja.

Bajar las escaleras me sigue agotando muchísimo. No sé qué me ocurre. Estoy intranquila. Mi respiración es cada vez más rara. Me late muy rápido el corazón. Y cómo no después de haberme enterado de esa otra historia que también debí haber sabido. Estaba segura de que me sentía así por mi papá.

Estoy encerrada en esta maldita casa y con mi abuela malhumorada. Pero ahora ya tengo las cartas de mi papá. Cada vez se acerca más el día de su próximo envío. Quiero gritar y llorar. Necesito abrazar a mi mamá y contarle todo. Estoy asustada y confundida. Cada vez respiro menos bien.

Debajo de mi almohada, la carta de mi papá recién llegada: “Elisa, no puedo esperar. Quiero conocer a Dolores. Déjame enmendar mis faltas. Tengo todo preparado. Llego el 29 de septiembre”.

¿Por qué no puedo respirar?

No puedo...

No, ahora...

No más...

Tercer lugar en cuento de la Ibero Torreón

La puerta

Jorge Eduardo Quintana Lara

¿Qué pasó con la puerta? Llegado a este punto ya no me lo pregunto, los días y las horas son sólo un recuerdo efímero de lo que en algún momento fue la realidad, hoy como ayer me he levantado sólo minutos después de haber ido a dormir, las pesadillas no me permiten paz.

Siempre es lo mismo, despierto y estoy en el sueño, la puerta está donde alguna vez estuvo, me levanto y salgo a un pasillo que conecta en un extremo con el baño y en el otro con la salida de este lugar, un pasillo verde con puertas rojas; salgo descalzo al jardín y ella está recostada en el jardín, a lo lejos se ve una silueta negra y voltea a verme. Despierto. Todos los días es el mismo sueño, todos los días la misma sombra me acecha en este mismo cuarto, una figura antropomórfica parada en una esquina; no respira, no habla, simplemente está ahí observando, su cabeza siguiendo cada uno de mis movimientos, siempre ahí.

No sé qué pasó, ya no recuerdo ni siquiera hace cuanto pasó, las paredes ya no representan encierro o cautiverio, simplemente esta es mi vida, despertar para pasar mi tiempo en mi adorado cuarto que ha pasado a ser una celda, convivir con la sombra que sólo me observa, ese negro rostro sin ojos ni boca que me vigila; simplemente me iré a dormir.

Puerta, pasillo, césped, sombra, despierto.

La cama es dura, algunos de los resortes ya han desgarrado la tela, las sábanas que en algún momento fueron blancas ahora han adoptado un tono amarillento con manchas café, desconozco el motivo. Golpeé el apagador de las luces con el puño, se enciende el foco incandescente que ilumina la habitación, me siento en la orilla de la cama y la veo directamente, sé que me ve.

—Otro día en el infierno —le digo.

No contesta, simplemente me sigue viendo.

La odio, en realidad la odio. La sombra apareció una semana después de la desaparición de la puerta, o al menos creo que fue una semana. El tiempo aquí no transcurre, o al menos no tengo cómo medirlo, el reloj de alarma ha marcado las 3:15 am desde que desapareció la puerta, aquí no hay luz natural, no hay señal telefónica, no hay televisión, no hay radio, nada de eso ha funcionado en todo este tiempo, solamente el foco, mi buen amigo, el maldito foco.

Jorge Eduardo Quintana Lara
(Torreón, Coahuila, 2001). Estudia el segundo semestre de la carrera de Comunicación en la Ibero Torreón.
jorge.quintana@ibero-torreon.edu.mx

—¿Qué quieres?

Simplemente me ve.

—¿Qué quieres?

Silencio.

—¿¡Qué quieres, hija de puta!? —le grito con todas mis fuerzas.

No hay respuesta.

He pensado en matarla, o al menos intentarlo, tal vez esa sea la clave para por fin poder escapar de este cautiverio. Llegado a este punto lo peor que puede pasar es que ella me mate, lo cual me sacaría de este maldito hoyo. Me tiro en la cama y cierro los ojos una vez más.

Puerta, pasillo, césped, sombra, despierto.

Golpeó una vez más el apagador y apaga el foco; no me molesto en prenderlo una vez más, aun en la oscuridad puedo ver la sombra.

Ya no hay nada más para mí, este es el fin del camino, condenado a estos cuatro muros sin contacto con nadie, vigilado por una puta sombra. Simplemente no hay nada, mi mera existencia se ha vuelto un mundo nihilista restringido a cuatro paredes, eso es todo, vaya vida de mierda.

Siento cómo estos pensamientos hacen arder mi sangre, cómo esto no será el fin, tengo que matarla.

En la oscuridad salto de la cama y arremeto contra la sombra. Si este será el fin, que así sea.

Conecto mi puño contra su cabeza, haciéndola rebotar contra la pared; la sobra cae al piso, levanto el pie de la cama y lo dejo caer sobre la cabeza de la sombra, que es atravesada y deja de moverse, nada pasa. Mi soledad es ahora total, no hay nadie más aquí y esto fue para nada, la puerta sigue sin estar aquí.

Puerta, pasillo, césped, sombra, despierto.

No se cuánto ha pasado desde que



acabé con la sombra, pueden haber pasado horas o pueden haber pasado años, pero hoy por fin me vuelvo a levantar y el cuerpo de la sombra toma mi pie, quemado, la sombra comienza a expandirse a lo largo de mí y siento cómo me quema, ya es inevitable, la sombra me ha vuelto oscuridad pura.

Me despierto gritando y salgo corriendo de la casa. Aún siento cómo me quema la sombra, estoy ahora llorando en la acera, son las 3:16 am; uno de los vecinos sale de su hogar a ver qué está

pasando, le explico que fue una pesadilla mientras le ruego perdón por haberlo despertado. Entro a la cocina y preparo un café con la convicción de no dormir esta noche. El día siguiente me lo paso en el jardín acostado viendo el cielo hasta que bajo la luz del sol me quedo dormido.

Puerta, pasillo, césped, sombra, despierto.

Despierto una vez más en la dura cama con los resortes salidos y la sombra me está observando.

A young woman with long dark hair, wearing a white t-shirt, is leaning over a desk in a classroom, focused on her work. She is using a pair of scissors to cut a piece of green paper. On the desk, there are various supplies including a pink stapler, a yellow pencil sharpener, and a black bag. In the background, another student is visible, also working at a desk. The scene is brightly lit, and the overall atmosphere is one of active learning.

IBERO
TORREÓN

ESTAMOS
TRANSFORMANDO
AL MUNDO

Pregunta por nuestros
exámenes de admisión:

T. 871 7051072

Whatsapp: 8711367214

admission@iberotorreon.edu.mx

www.iberotorreon.edu.mx



CIUDAD DE MÉXICO • LEÓN • PUEBLA • TIJUANA • TORREÓN